



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

ESCUELA DE TEOLOGÍA

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA**

“¿QUIÉN ES EL DIOS DE JESÚS?”

Por

MANUEL ERNESTO SAFLA TOAZA

DIRECTOR: MTR. DAVID DE LA TORRE. SS.CC.

QUITO, 2012

DEDICATORIA

El presente trabajo, va dirigido como una expresión de eterna gratitud, a todos los hombres y mujeres creyentes y de un profundo compromiso cristiano, que encontré en mi camino, en los diferentes pueblos y parroquias de la Provincia de Cotopaxi, donde con ellos pude compartir mis conocimientos y experiencias de vida, en el seguimiento a Jesús de Nazaret.

A mis amigos sacerdotes y religiosas más cercanos, que con su ejemplo de trabajo y de confianza plena en Jesús, supieron animarme espiritual y materialmente durante este periodo de formación.

A mis inolvidables padres, hermanos/as y amigos/as, por su compañía y amistad sincera visible todos los días de mi vida.

AGRADECIMIENTO

Mi profundo y sincero agradecimiento a la Diócesis de Latacunga, de la que soy parte activa, en el ejercicio del Ministerio Sacerdotal al servicio del pueblo cristiano de Cotopaxi, y al mismo tiempo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Facultad de Filosofía y Teología, porque en sus aulas recibí, a través de mis profesores y maestros sabias enseñanzas de ciencia y vida cristiana que difícilmente podré olvidar.

ABSTRACT

Una de las mayores dificultades para hablar del Dios de Jesús es poder separarlo de su vida y ministerio. ¿Cómo hablar de una profunda experiencia sin hacer alusión constante a la experiencia de vida vivida por la persona?

Éste ha sido el desafío de esta tesis. Ésta ha sido la constante reflexión que nos ha hecho ir y volver por varios caminos, hasta quedar medianamente satisfechos con el trabajo realizado.

Parecería un curso de cristología, pero no lo es. Se trata de leer y releer las acciones, palabras y hasta los silencios vividos por Jesús, para intentar descubrir allí su honda experiencia del Padre Dios, como alguien que había heredado una rica tradición de fe del pueblo de Israel (Yahvé, Señor, Todopoderoso, Único), pero que ahora se le revelaba como alguien totalmente nuevo, cercano y cálido, en una palabra misericordioso.

Para Jesús, Dios es Padre compasivo y eso es lo que quiere transmitir a sus discípulos y a su pueblo. Cada acción (milagro, exorcismo, etc.) y cada palabra (parábola, discurso, etc.) quieren transmitir esa misericordia. Pero ello no fue entendido ni comprendido por sus oyentes, por eso su actividad pública acabó en un trágico final de muerte en una cruz. Y allí también expresó su experiencia de Dios. Jesús, el hombre de Nazaret, sorprendió a muchos, pero pocos lograron captar su profunda experiencia de fe. Por eso se preguntaban: *¿Quién es este hombre?* (Lc. 8,25), y en esta tesis nos preguntamos: *¿Quién es el Dios que mueve a Jesús a ser ese hombre extraordinario?, “¿Quién es el Dios de Jesús?”*.

ÍNDICE

DEDICATORIA	ii
AGRADECIMIENTO	iii
ABSTRACT	iv
ÍNDICE	vi
INTRODUCCIÓN	ix
CAPÍTULO I: <i>EL DIOS DE JESÚS REVOLUCIONA LA IDEA ESPONTÁNEA DE DIOS</i>	1
1.1 EL DIOS DE ISRAEL	1
1.1.1 Todas las obras del Señor son buenas.....	2
1.1.2 Imágenes de Dios.....	2
1.1.3 El Padre nos hace hijos en el Hijo.....	3
1.1.4 Yo soy Dios y no hombre.....	4
1.1.5 Yahvé libera y se compromete.....	5
1.1.6 “Yo soy el que soy”.....	6
1.1.7 El Dios de la Esperanza.....	7
1.2 JESÚS, HOMBRE DE FE	9
1.2.1 Conoció el miedo.....	10
1.2.2 Jesús sufrió persecuciones.....	11
1.2.3 Un corazón abierto a todos.....	12
1.2.4 Perdón y amistad plena con Dios.....	13
	5

1.2.5 Conocer a Dios desde Jesús.....	14
1.3 LA FE DE JESÚS.....	15
1.3.1 El profeta de Galilea.....	15
1.3.2 Búsqueda constante de Dios y de su Reino.....	18
CAPÍTULO II: <i>EL DIOS DE JESÚS ES ANTE TODO PADRE</i>.....	20
2.1 JESÚS SE SIENTE ENVIADO DEL PADRE.....	21
2.1.1 Al Padre lo conoce sólo el Hijo.....	22
2.2 JESÚS SIENTE A DIOS COMO “ABBÁ” QUERIDO.....	23
2.2.1 Una nueva experiencia de Dios.....	23
2.2.2 Actitud filial de Jesús ante Dios.....	25
2.2.3 Para Jesús, Dios es “Abbá”.....	26
2.2.4 Jesús Imagen viva y real de Dios como Padre.....	28
2.3 LA MUERTE DE JESÚS INFINITO AMOR DEL PADRE.....	32
CAPÍTULO III: <i>EL DIOS DE JESÚS QUE ANUNCIAMOS HOY</i>.....	36
3.1 EL ROSTRO DE UN DIOS ORIGINAL.....	37
3.2 ¿PARA QUÉ JESÚS ANUNCIA AL DIOS DEL REINO?.....	38
3.3 LA MISERICORDIA DE JESÚS Y SU ANUNCIO DEL REINO.....	40
3.4 LA EXPERIENCIA DE JESÚS ES LA IMAGEN DE DIOS.....	42
3.4.1 Jesús siente a Dios como “Abbá”.....	42
3.4.2 Jesús imagen de la bondad del Padre.....	44
3.4.3 La alegría de un Dios que sabe perdonar.....	46
3.4.4 Jesús enseña que Dios es Padre Nuestro.....	48
3.4.5 La victoria de Dios en Jesús.....	50
3.5 DAR LA VIDA POR LOS DEMÁS ES REFLEJAR EL AMOR DE DIOS.....	51
CONCLUSIONES.....	54
BIBLIOGRAFÍA.....	66

INTRODUCCIÓN

Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos. (Heb 13,8)

Él es Imagen de Dios invisible,
Primogénito de toda la creación,
porque en él fueron creadas todas las cosas,
en los cielos y en la tierra,
las visibles y las invisibles,
Tronos, Dominaciones, Principados
Potestades:
todo fue creado por él y para él,
él existe con anterioridad a todo,
y todo tiene en él su consistencia
Él es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia:
Él es el Principio,
el Primogénito de entre los muertos,
para que sea el primero en todo,
pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la plenitud,
y reconciliar por él y para él todas las cosas,
pacificando, mediante la sangre de su cruz,
lo seres de la tierra y de los cielos (Col 1,15-20).

Nuestra fe tiene como norte a Jesucristo. La pregunta de Jesús, en Cesarea de Filipo: “¿Quién dice la gente que soy yo?” (Mt 16,13-16) ha provocado, a lo largo de la historia, diferentes respuestas. Pluralidad de imágenes que han quedado plasmadas en pinturas, imágenes talladas, cine, teatro, novelas, poesías, pósteres, afiches o animaciones.

Cada época ha encontrado en Jesús sus propias ideas. Cada individuo puede crearse un Jesús a imagen y semejanza de su particular personalidad. No es el Jesús histórico o exegetico

el que determina una concreta teología o praxis cristiana. Más bien, cada teología y cada actitud cristiana modelan según sus propias necesidades la figura, de suyo bastante indeterminada del Jesús histórico¹.

El interés por Jesús se ha acentuado en los últimos tiempos. Actualmente hay múltiples escritos en torno a él, que evocan la afirmación de Juan: “*estas y otras muchas cosas hizo Jesús; si se escribieran una por una, no alcanzarían todos los libros del mundo para contenerlas*” (Jn 21,25).

Es interesante observar que la pregunta de Jesús tiene un doble destinatario: (1) Quién dice la ‘gente que soy yo’ (opinión pública) y (2) Quién dicen ‘ustedes que soy yo’ (los discípulos).

Hay muchas lagunas en el conocimiento de Jesús. El asunto se complica porque no conservamos ningún escrito suyo². Lo que de él conocemos procede de escritos que no son suyos. Sin embargo señalaremos las tres fuentes que se usan para el conocimiento de Jesús: fuentes paganas, fuentes judías y fuentes cristianas³.

1. Las fuentes paganas.- El historiador romano Tácito (55-120), en los “Anales”, escritos bajo el emperador Trajano, hace mención de la artimaña de Nerón, que responsabilizó a los cristianos del incendio de Roma (64). Tácito aclara que el nombre de *cristianos* viene de Cristo, quien había sido entregado a la muerte por Poncio Pilato, durante el reinado de Tiberio. Tacha a los cristianos de supersticiosos.

Suetonio (75-155). Hace referencia al nombre de Chrestos en su obra “Vida de los doce Césares”, donde habla de las medidas tomadas por Claudio para “expulsar de Roma a los judíos, turbulentos por instigación de Cristo”. Esta noticia se corresponde con Hch 18,2.

¹ CALVO. Ángel y RUIZ. Alberto, *Para leer una Cristología elemental*, Estella, Verbo Divino, 1994, p. 29.

² De hecho, si hubiera un escrito de Jesús, debiéramos ser fundamentalistas, dado que un escrito tal sería de aceptación irrestricta.

³ Cfr. BEAUDE, Pierre Maurie, *Jesús de Nazaret*, Estella Verbo Divino, 1988, pp. 9-25; ENJUTO, Antonio, *Jesús de Nazaret. Hombre y Misterio*, Madrid, PPC 1991, pp. 27-60; FABRIS, Rinaldo, *Jesús de Nazaret. Historia e interpretación*, Salamanca, Sígueme, 1985, pp. 35-58.

Plinio, el Joven (61-115), siendo legado del emperador Trajano en Bitinia, escribió una carta (111-113), a propósito de los cristianos. Consulta al emperador cómo actuar contra los cristianos que han sido denunciados. La carta recoge datos sobre el comportamiento de éstos: no son reos de ningún crimen, se reúnen en día fijo y cantan salmos a Cristo.

Hay otras dos cartas, una del emperador Adriano al procónsul de Asia, Minucio Fundano (125) y otra que un tal Mara bar Serapión, estoico sirio, dirigió a su hijo, estudiante en Edesa. En ellas se habla de un ‘sabio’ que mataron los judíos, es decir, Jesús, y de la privación de su Reino.

2. Las fuentes judías.- El historiador Flavio Josefo (37-100) da dos importantes datos en “Las Antigüedades Judías”: (1) Al narrar la muerte de Santiago dice que es hermano de Jesús, el Cristo; (2) En el llamado “*Testimonium Flavianum*” cuenta los incidentes que se dieron en Palestina, durante el gobierno de Pilato; allí se refiere a Jesús y su mesianidad⁴.

El Talmud (enseñanzas) es el gran marco doctrinal de los judíos. Después de la destrucción de Jerusalén (70), el judaísmo se estructuró en torno al movimiento fariseo que subsistió. En los dos primeros siglos se dio un intenso trabajo para recoger las tradiciones orales con las que, finalmente, se formó la Misná, a comienzos del s. III. Los encargados de comentarla eran los *amoraim* (intérpretes), quienes produjeron un compendio de esos comentarios, llamado *Gemara* y que fue añadido a la Misná junto a las tradiciones omitidas por los *tannaim* (enseñantes). Así se constituyó el Talmud en su doble versión: el “Talmud palestinese” (s. IV) y el “Talmud babilónico” (s. VI). En estos escritos se designa a Jesús con el nombre de *Yeshu de Nazaret* o con la expresión “ése”. Se refieren a él unos doce pasajes, siendo el más conocido el que está en el Talmud babilónico, que recoge su muerte⁵.

Los Toledot Yeshú (historias de Jesús) son parte de la literatura popular, elaborados en ambientes judíos. Propiamente no son un material válido para el historiador.

⁴ La dificultad de este pasaje estriba en que “la tradición manuscrita de las obras de Josefo se hizo en ambiente cristiano, y es legítimo suponer que este testimonio fuera ‘subjetivo’ con el deseo de impulsar la doctrina cristiana”. BEAUNDE, Pierre Marie, op. cit. p. 18.

⁵ GUERRA, José, *Curso básico de Cristología*, poligrafiados, Quito, 2011.

3. Las fuentes cristianas.- Podemos distinguir dos bloques dentro de las fuentes cristianas: las fuentes extra-evangélicas y los evangelios canónicos⁶.

a. La tradición extra-evangélica: Encontramos ‘agraphas’, es decir ‘palabras no-escritas’ que hacen referencia a los dichos de Jesús que no constan en los evangelios canónicos. Destacamos a Pablo, quien si bien no conoce a Cristo “según la carne”, basa su misión en una sólida referencia a su obra y enseñanza. Pablo conoce a Jesús a través de formularios tradicionales de la comunidad primitiva y a ellos apela (1Cor 7,10; 9,14; 11,23; 15,3; 1Tes 4,15). Con base a la tradición, Pablo afirma que Jesús fue judío, de la estirpe de David, que vivió en Palestina, tuvo hermanos, reunió un grupo de Doce, que en la víspera de su muerte celebró una cena (1Cor 11,23-25) y que fue entregado a la muerte por los judíos (1Tes 2,15; 1Cor 2,6.8) y ejecutado por los romanos (1Cor 1,13.23; 2,2; Gal 3,1.13)⁷.

En este mismo grupo tenemos que hablar de los *evangelios apócrifos*, que tuvieron una motivación doble: el carácter hagiográfico popular y la intención apologética frente a las acusaciones y rumores sobre sus orientaciones doctrinales. Entre los evangelios apócrifos distinguimos tres bloques:

- *Evangelios judeo-cristianos:* evangelios de los hebreos, de los ebionitas, de los egipcios, etc. Un buen fragmento del Evangelio de Pedro se encontró en el siglo XIX.
- *Evangelios tardíos.* Escritos entre el siglo II y VI, y más tarde todavía. El Proto-evangelio de Santiago (s. II), se refiere a la infancia de Jesús.
- *Escritos gnósticos:* evangelios de verdad, de Felipe, de Tomás, etc. Plantean el problema de los ‘agrapha’, palabras no-escritas de Jesús.

b. Evangelios canónicos: Sin menospreciar la aportación de los escritos apócrifos, hay que reconocer que las fuentes más confiables para acceder a Jesús son los cuatro evangelios canónicos: Marcos, Mateo, Lucas y Juan.

⁶ Cfr. FABRIS, Rinaldo, *Jesús de Nazaret. Historia e interpretación*, Salamanca, Sígueme, 1985, pp. 47-55.

⁷ *Ibíd.* pp. 48-49. Hechos de los Apóstoles deja entrever una presentación sobre Jesús, pero, este libro forma parte de la obra lucana, por lo que no puede ser visto como fuente independiente de la historia de Jesús.

Marcos es la base de los otros dos⁸. Hay otra fuente que es conocida como “Q”, a la que se agregan otras fuentes más que son desconocidas, pero que habrían sido usadas por cada uno de los Evangelios para tomar la información que le es propia.

Una idea importante para comprender los evangelios sinópticos es que éstos se hallan compuestos de tradiciones aisladas, de perícopas.

Tales perícopas, que al principio tuvieron una vida independiente y fueron transmitidas por la tradición, hacen que Jesús aparezca con una manera peculiar de actuación en su vida pública, en su actividad sanadora, en sus disputas con diversos grupos del judaísmo, en su trato con los discípulos, etc. La unión de esas perícopas en los evangelios se realizó, muchas veces, según puntos de vista, temáticos y teológicos, no según puntos de vista cronológicos⁹.

Las primeras predicaciones se centraron en la muerte y resurrección de Jesús. Ese era el Kerigma central (proclamación). Los relatos de la Pasión fueron necesarios para recordar que la muerte de Jesús antecedió a la presencia del Resucitado. La Pasión ocupaba un puesto importante, pues su proclamación atraía nuevos discípulos. Ante el crecimiento de la comunidad fue necesario elaborar una enseñanza más profunda, compuesta por pequeñas colecciones de ‘palabras’ y/o ‘hechos’ (relatos de milagros, exorcismo) del Señor.

Luego se fueron incorporando nuevos elementos que desembocaron en la redacción de los evangelios¹⁰, a mediados del siglo I. Entre el 70 y el 100, los evangelistas redactaron sus obras (Mc. hacia el 68, Mt. por el 80, Lc. por el 85 y Juan por el 90). En su redacción definitiva, todos son posteriores a las cartas de San Pablo (51 hasta el 67, año de la muerte del apóstol)¹¹.

La investigación que hemos hecho pretende, recorrer la vida y misión de Jesús, para ir sacando algunas aproximaciones a la experiencia de Dios. No alcanzamos a ahondar todo lo que quisiéramos y debiéramos, pero sentimos que ponemos en el tapete de la discusión el tema para intentar crear discusión teológica.

⁸ Mateo tomó el 48% de su información de Marcos, mientras Lucas toma el 31%.

⁹ GNILKA, Joachim, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*, Barcelona, Editorial Helder, 1995, p. 30.

¹⁰ Cfr. BEAUNDE, Pierre, op. cit. pp. 20 y 21.

¹¹ Ibid., 20.

En el *Primer Capítulo*, veremos como, “El Dios de Jesús revoluciona la idea espontánea de Dios”. Con ello queremos hacer un recorrido por la experiencia de Dios que vivió el antiguo pueblo de Israel, para confrontarlo con la novedad que trae Jesús, sobre todo en la proclamación de una forma nueva y novedosa del esperado Reino de Dios.

En el *Segundo Capítulo*, nos adentramos un poco más al Dios de Jesús, al que le descubriremos como “Padre”, no al estilo del Antiguo Testamento, donde ese adjetivo significaba mayormente “señorío”, “alteza”, sino desde la novedad de Jesús que proclama que Dios es su “Abbá” querido, Padre infinito en misericordia. Y es que Jesús experimenta hondamente la compasión del Padre, al punto que “el Padre y Él están fundidos en una sola experiencia de amor”.

Finalmente, en el *Tercer Capítulo*, “El Dios de Jesús que anunciamos hoy” queremos hacer una síntesis de todo nuestro estudio resumiendo las principales cualidades del rostro de Dios que Jesús aceptó, vivió y predicó en su vida. Lo hacemos a manera de reflexiones que sirvan como material para preparar talleres, charlas u homilías en una parroquia. Llegaremos a ser buenos cristianos en la medida en que sintamos la experiencia de Dios al estilo de Jesús. No basta sólo con creer en Dios: hay que creer y vivir verdaderamente como lo hizo Jesús.

CAPÍTULO I

EL DIOS DE JESÚS REVOLUCIONA LA IDEA ESPONTÁNEA DE DIOS

El pueblo de Israel consideraba a Dios como el Señor Todopoderoso, que siempre está por encima de todos. Para Israel, Yahvé es un Dios personal, Vivo, Único y Verdadero. El Dios de Israel, es presencia obscura y silenciosa, salvadora y vivificante. Él camina junto a su pueblo, Él es el camino, Él es el Emmanuel y Él es el “Dios con nosotros”.

Porque, en efecto ¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está Yahvé nuestro Dios siempre que lo invocamos?... ¿Algún dios intentó jamás venir a buscarse una nación de en medio de otra por medio de pruebas, señales y prodigios, en la guerra, con mano fuerte y tenso brazo, con portentos terribles, como todo lo que Yahvé vuestro Dios hizo con vosotros, a vuestros mismos ojos, en Egipto? (Deut. 4,7.34)¹².

El libro del Deuteronomio nos ayuda a ubicarnos en el Dios de Israel, que vive en medio de su pueblo. Allí vemos cómo se refleja la conciencia religiosa de Israel, que ha visto a su Dios obrar en la historia y ha escuchado su Palabra poderosa y liberadora.

1. 1 EL DIOS DE ISRAEL

En el Antiguo Testamento no hay una doctrina sistemática sobre Dios. Al Dios de Israel, se le conoce a través de la historia de su pueblo, es decir, de lo que se “narra” de Él en las Escrituras, es fruto de una experiencia intensamente vivida. Por eso podemos decir, que cuando Dios habla, lo hace como Padre y se basta a sí mismo y no necesita crear nada para ser siempre feliz. Pero, Él quiso derramar su amor en el mundo, y lo creó maravilloso, lleno de seres inteligentes, capaces de admirar su orbe, transformarla y disfrutarla¹³.

1.1.1 Todas las obras del Señor son buenas

¹²Todos los textos bíblicos que se citan en esta tesis son tomados de la Biblia de Jerusalén, edición revisada y aumentada, Bilbao-España, Descleé de Brower.

¹³ Cfr. REY, Berdanrd, *La discreción de Dios*, Colección ALCANCE, No. 51, Santander, Sal Terrae, 1997, pp. 15-16.

“Dios creó el cielo y la tierra” (Gén 1,1), y todas las maravillas de la creación son obras del amor de un Dios que se desborda fuera de sí. Desde el primer impulso de la creación, las primeras células, los seres vivientes superiores y los seres inteligentes, todos son capaces de admirar y vivir su amor, pues “vio Dios que todo aquello era bueno” (Cfr. Gén. 1,10.12.18.21.25). La creación es fundamentalmente buena porque es obra de un Dios bueno.

Este mundo encierra un impulso inicial de Dios, lleno de maravillosas posibilidades. Pero muchas de estas maravillas de la creación, están todavía escondidas para el hombre, y deben descubrirse. Podemos decir que a Dios le gusta compartir responsabilidades; es su voluntad que seamos nosotros los encargados de descubrir los tesoros de la creación y desarrollarlos de manera que sean útiles a todos. “Cosas más grandes que éstas aún permanecen ocultas, pues nosotros hemos visto sólo una parte de sus obras. Porque el Señor lo ha hecho todo, y a los piadosos les ha dado la sabiduría” (Eclo 43,32-33).

1.1.2 Imágenes de Dios

La creación es maravillosa, pero lo más maravilloso es que Dios creó seres capaces de corresponder a su amor; seres con inteligencia para entenderle y capacidad para amar como Él ama.

Por la Biblia sabemos que los hombres somos imágenes de Dios. En realidad no sabemos cuántas clases de seres inteligentes creó Dios; seguramente son muchos. Por ahora basta con saber que estamos hechos “a su imagen y semejanza”, fruto de su amor, amor que ha querido compartir con nosotros. Por eso no hay camino mejor para llegar a Dios, que el mismo hombre, en quien Dios “insufló en sus narices aliento de vida” (Gén. 2,7). Tenemos algo en nosotros de la vida de Dios:

Dios creó al hombre y le dio poder sobre las cosas de la tierra.
Lo revistió de una fuerza como la suya.
Hizo a los hombres a su imagen.
Hizo que los temiera todo ser viviente,
para que dominaran sobre bestias y pájaros.
Les dio conciencia, lengua y ojos, oídos y una mente para pensar.
Los llenó de sabiduría e inteligencia;
les enseñó el bien y el mal.

La luz de Dios está en sus mentes para mostrarles la grandeza de sus obras.

(Sab. 17,1-9; Cfr. Sal. 8,2,4-7)

“El Dios que se ha revelado a los hombres se ha presentado como un Dios *personal*, es decir como alguien concreto y determinado, con un rostro humano, por decirlo de alguna manera”¹⁴.

1.1.3 El Padre nos hace hijos en el Hijo

Dios bendijo a la primera pareja humana con estas palabras: “Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que reptar sobre la tierra” (Gén. 1,28). El Autor de la vida nos hace partícipes de su poder de dar vida. Dios da su vida por amor, y nosotros estamos llamados a dar vida, como fruto de mutuo amor.

Dios no está sólo. Son tres personas en perfecta unidad y amor. La familia hoy, es una copia participada de la Trinidad: “Dijo luego Yahvé Dios: “no es bueno que el hombre esté sólo. Voy a hacerle una ayuda adecuada” (Gén. 2,18). Este amor maravilloso que viven hombres y mujeres, padres e hijos, es regalo de Dios que da algo suyo muy íntimo: su amor fecundo.

Nuestra semejanza con Dios no se reduce sólo al círculo familiar. Si no más bien, nuestra capacidad de amor se desarrolla como célula primaria a partir de la familia, pero se extiende en círculos cada vez más amplios, hasta abarcar a toda la humanidad.

Dios es familia, pues el Espíritu Santo es el Amor personificado del Padre y del Hijo. Los hombres también somos sociables por naturaleza; nos necesitamos unos a otros. Amar y sentirse amado, es algo imprescindible para llegar a sentirse plenamente persona.

Dios demuestra su amor dándose, haciéndonos partícipes de su felicidad. Nosotros mostramos nuestro amor dándonos a los demás, haciéndoles partícipes de lo nuestro. Cuánto más unidos estemos, más nos parecemos a Dios. Nuestra semejanza a Dios se apoya en el

¹⁴ BORRAGÁN, Mata Vicente, *Dios, sí, pero ¿qué Dios?*, Madrid, San Pablo, 2010, p. 73.

impulso arrollador que nos lanza a buscar nuevas formas de convivencia humana. Toda lucha a favor de los pobres tiene algo de Dios: “Sí sabéis que él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de él” (1Jn 2,29, “Queridos amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios” (1Jn 4,7).

1.1.4 Yo soy Dios y no hombre

A pesar de tanta semejanza con Dios, Él es completamente distinto a nosotros; Él es el Santo que todo lo puede; Él es el Señor, y nosotros sus criaturas, obra de sus manos, por lo que dependemos del Alfarero.

Dios se manifiesta a través de sus obras, pero Él es “completamente otro”, desborda toda comparación y se revela a través de las reacciones humanas. Él siempre está por encima de todo y es distinto a todo, aunque todo lo bueno se parece y viene de Él. Dios es todo amor, pero bajo ningún concepto está dispuesto a que se le maneje o se le suplante. Dios nos supera siempre: “Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos – oráculo de Yahvé – Porque cuanto aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los vuestros y mis pensamientos a los vuestros” (Is 55, 8-9).

¿Dónde estabas cuando cimenté la tierra?... ¿Sabes quién fijó sus medidas?... ¿Alguna vez has mandado a la mañana o asignado su puesto a la aurora, para que agarre a la tierra por los bordes y sacuda de ella a los malvados...? ...¿Te han enseñado las puertas de la muerte?... ¿Has llegado a los silos de la nieve?, ¿has visto los graneros del granizo? ¿Quién abre un canal al aguacero, un camino a las nubes tormentosas, una senda al estrépito de los truenos?... ¿Quién engendra las gotas de rocío?... ¿hacer salir a su hora la corona, guiar a la osa y a sus crías?... ¿Tienes de mensajeros a los rayos?” (Cfr. Job 38)¹⁵.

1.1.5 Yahvé libera y se compromete

Esta es la primera noción de Dios que tuvo el pueblo de Israel, Dios nos hizo hermanos y nos invita a vivir en comunión con Él. No obstante triunfó el egoísmo. Dios quiso otorgarle

¹⁵ Otros textos que pueden verse: Ex 20,5; Is 40,25; 48,11; 44,24; Os 11,9; Job 39,19.27; 40,9; 42,2.

a este pueblo elegido la vida en plenitud, ya que este don supuso la libre adhesión a su voluntad, y ellos prefirieron decir ‘no’ al don gratuito de la amistad con Dios.

El Padre, por respeto a sus hijos, les dio todo, hasta la posibilidad de decir no y destrozarse sus planes. Pero no por eso cambió su actitud; Él seguirá siendo siempre fiel a sus creaturas, aún cuando éstas se “esfuerzan” por crear divisiones, opresión y miseria.

Pese a su pecado, Dios ama a la humanidad, la acepta y siempre renueva su pacto de amistad con ella: *“He pensado establecer mi alianza con vosotros y con vuestra futura descendencia”* (Gén. 9,9), *“De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra”* (Gén. 12,2-3).

La promesa de formar una nación unida y poseer una tierra propia la repite Dios con frecuencia a Isaac, a Israel, a José, etc., porque su deseo es siempre formar *“...un pueblo muy numeroso y fuerte...”* (Ex 1,9). ¡Un pueblo de esclavos, descendiente de una familia nómada del desierto, es el pueblo elegido por Dios como herencia suya, donde quiere desplegar las maravillas de su amor!

Yahvé le dijo: *“He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado el clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios, y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, de los hititas, de los amorreos de los perizitas, de los jivitas y de los jebuseos”* (Ex 3,7-8; Cfr. 4,22-23).

La primera ayuda que Dios da a su pueblo oprimido es quitarle el miedo. Los israelitas vivían atemorizados hasta el grado de no levantar la más leve protesta ante la muerte de sus hijos varones o frente a la orden de: *“abrumadlos de trabajo para que estén ocupados y no hagan caso de palabras mentirosas”* (Cfr. Ex 5,9).

El llamado de Dios a Moisés, es el mismo llamado que Dios hizo a los profetas: ir a liberar a los hermanos, sin miedo, pues Él estará siempre presente. Dios está con nosotros, combatiendo el primer gran impedimento de la liberación humana: el miedo.

Otra ayuda que le dio el Señor a los israelitas fue hacer nacer en ellos la esperanza. Les recuerda la fe de sus antepasados, las promesas que Él mismo había hecho. Es una lección importante del amor de Dios, el llamado a dar esperanza a los que no la tienen.

Dios se compromete con su pueblo a ayudarlo, pero eso no quiere decir que el pueblo no tenga que esforzarse. En Ex 6-11, se cuenta la dura lucha que tuvo que sufrir el pueblo para conseguir su liberación. Muchas veces pierden el ánimo y quieren retroceder, pues tropiezan con la dureza de corazón del faraón. Pero siempre está Dios dándole aliento y apoyo: “No teman; Yo estoy con ustedes”.

1.1.6 “Yo soy el que soy”

Contestó Moisés a Dios: “Si voy a los israelitas y les digo: ‘El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros’; y ellos me preguntan: ‘¿Cuál es su nombre?’ ¿qué les responderé?” Dijo Dios a Moisés: “Yo soy el que soy.” Y añadió “Así dirás a los israelitas: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros.” (Ex 3,13-14).

El nombre “Yo Soy el que Soy”, que en hebreo se dice aproximadamente “Yahvé”, es el nombre con el que Dios quiere ser llamado desde entonces. Dios verdaderamente existe y muestra su existencia prodigando toda clase de ayuda a sus hijos, quienes a través de los sucesivos pasos de la liberación, se dan cuenta que realmente Dios existe y está con ellos. La fe de aquellos hombres tenía su fuerza en su experiencia diaria.

Yahvé les demuestra que existe, que es, y que interviene en favor de ellos. “Ved ahora que yo soy yo, y que no hay otro Dios junto a mí” (Deut 32,39). Dios existe de una manera siempre presente en la historia, se hace historia y es historia. Es una presencia liberadora y activa, “no se cansa ni se fatiga” (Is 40,28), “No duerme ni dormita el guardián de Israel” (Sal 120,4). No tiene principio ni fin, es el primero y el último, eternamente presente, fiel y amante.

Los israelitas supieron ver la mano de Dios en su historia y aprendieron a caminar agarrados de Él. Justamente el triunfo de su causa fue la prueba de que Yahvé era un Dios verdadero.

Ahora bien, cabe una pregunta ¿por qué el interés de Dios por Israel?; si bien es cierto, que no se trataba de gente noble, ni culta, ni poderosa, sino más bien, de una clase

despreciada y dominada. Pues la única respuesta para esta elección es el amor. Más tarde Jesús dirá que ese Amor no es sólo para Israel, sino para todos los pueblos.

No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado Yahvé de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres, por eso os ha sacado Yahvé con mano fuerte y os ha liberado de la casa de servidumbre, del poder del faraón, rey de Egipto. (Deut 7,7-8).

No por tus méritos ni por tu rectitud de tu corazón llegarás a tomar posesión de su tierra, sino que sólo por la perversidad de estas naciones las desaloja Yahvé tu Dios delante de ti; y también por cumplir la palabra que juró a tus padres, Abrahán, Isaac y Jacob. Has de saber, pues, que no es por tu justicia por lo que Yahvé tu Dios te da en posesión esa tierra buena, ya que eres un pueblo de dura cerviz.” (Deut 9,5-6).

1.1.7 El Dios de la Esperanza

Antes de terminar este primer apartado de nuestro trabajo, veremos que el Amor de Dios es, sin duda alguna, lo más esperanzador que hay en la vida. La Biblia está llena de este ambiente de esperanza. Desde el principio, Dios es “¡Oh esperanza de Israel, Yahvé salvador suyo en tiempo de angustia...!” (Jer 14,8), que promete “...daros un porvenir de esperanza” (Jer 29,11). Él es Dios de consolación, que promete venir en persona a compartir nuestras penas, para liberarnos de ellas y abrirnos a un futuro donde la esperanza se haga realidad.

Los pobres de Israel sabían que Dios estaba con ellos, pues el Dios bueno y fiel está siempre de parte de los débiles, marginados, explotados, de los que sufren y de los más pequeños. Cuando en Israel campeó la injusticia, los profetas supieron interpretar el amor de Dios y entender su corazón de Padre, siempre a favor de sus hijos necesitados: “Los humildes y los pobres buscan agua, pero no hay nada. La lengua se les secó de sed. Yo, Yahvé, les responderé. Yo, Dios de Israel, no los desampararé” (Is 41,17)

El Espíritu del Señor Yahvé está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahvé. A anunciar la buena nueva, a los pobres me ha enviado a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad; a pregonar el año de gracia de Yahvé, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para darles diadema en vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto, alabanza en vez de espíritu abatido. Se les llamará roles de justicia, plantación de Yahvé para manifestar su gloria (Is 61,1-3).

Tantos prodigios del Amor de Dios hacia su pueblo, a pesar de sus infidelidades, hizo nacer entre los israelitas la esperanza de que Dios les mandaría un enviado especial, que les

cambiaría el corazón y arreglaría todos sus problemas. La esperanza en el Mesías fue creciendo de poco a poco. La llegada de la época mesiánica era el gran consuelo de Israel.

Será un Mesías humilde y sencillo, que busque la paz y la justicia: “¡Exulta sin freno, Sión, grita de alegría, Jerusalén! Que viene a ti tu rey: justo y victorioso humilde y montado en un asno en una cría de asna. Suprimirá los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén; será suprimido el arco de guerra y el proclamará la paz a las naciones...” (Zac 9,9-10).

El Mesías cargará con el pecado del pueblo y le traerá la paz con su sufrimiento redentor: “¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahvé ¿a quién se le reveló? Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida. No tenía ni apariencia ni presencia (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciado y marginado hombre doliente y enfermizo, como de taparse el rostro por no verle. Despreciado, un Don Nadie. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que el soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros... Fue arrebatado de la tierra de los vivos por las rebeldías de su pueblo... Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará... Por eso le daré parte entre los grandes...” (Cfr. Is 53,1-12).

Ésta, es una síntesis de los cuatro cánticos del “Siervo de Yahvé”, la profecía más profunda que hay sobre el Mesías. Va despuntando la gran realidad del Dios amante que llega a la muerte como último remedio para curar las infidelidades de los hombres, hechos por Él a su imagen y semejanza. Es una muerte por amor, que pronto se hará realidad en la persona de Jesús.

Después de todas estas profecías ya estamos preparados para poder entender a Jesús, la imagen viva del Amor del Padre.

1.2 JESÚS HOMBRE DE FE

La ‘actividad pública de Jesús’, es como un arco que recorre fases sucesivas: empieza con su bautismo y culmina con la pasión, muerte y resurrección. Jesús tuvo un testimonio de vida original, significativa y coherente. En él, descubrimos un hombre nuevo, reconciliado

consigo mismo y con Dios; con actitudes y gestos llenos de amor y autenticidad, "...pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él" (Hch 10,38). En Jesús no hay imposición, manipulación, apariencia o verborrea. Al contrario, con Él respiramos humildad, transparencia, servicio y respeto.

Jesús vive lo concreto, es un hombre sensible a todo aquello que suponía vejación, atentado, desprecio, indiferencia ante la dignidad del ser humano. Él no se queda callado ante la injusticia, en nombre de un Dios que ha sido distorsionado. En Él se cumplen las promesas de amor que Dios había hecho a su pueblo. Por eso confesamos que en la plenitud de los tiempos, Dios se hizo uno de nosotros, se comprometió con nosotros y se volvió el Emmanuel el "Dios con nosotros" (Mt 1,22).

Dios no se presentó en la historia como un liberador prepotente, ni como gran señor que desde su comodidad, ordenó la liberación de los esclavos. Él bajó a la tierra, se hizo pequeño y conoció en carne propia lo que era el sufrimiento humano. Así lo dejan ver varios textos bíblicos del Nuevo Testamento: "El cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios sino que se despojo de sí mismo tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz." (Flp 2,6-7); "siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza" (2Cor 8,9); "Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades." (Mt 8,17).

El amor grande de Dios por los hombres le hizo bajar hasta lo más profundo de la humanidad, para compartir la vida del pueblo, viviendo como uno más, con penas, alegrías y trabajando con sencillez. ¡Dios se hizo en Jesús uno de nosotros! Compartió nuestras dudas, angustias, tentaciones, y así demostró el amor de su Padre Dios. Eso es lo que encierra el himno cristológico de la carta a los hebreos: "por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos para ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que toca a Dios y expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo pasado él la prueba del sufrimiento, puede ayudar a los que la están pasando" (Hb 2,17-18).

Sufrió las mismas pruebas que nosotros, las mismas tentaciones, angustias y dolores. Sintió la tentación de la comodidad, de dejar la vida austera absurdamente sufrida, y ponerse en un estilo de vida más acorde a su dignidad; la tentación del poder, de pensar que con autoridad podía cumplir mejor su misión; la tentación del triunfalismo, de pensar que había que hacer buena propaganda para que la gente lo siga (Cfr. Lc. 4,3-12).

1.2.1 Conoció el miedo

El Liberador del miedo supo también lo que era el miedo. Algunas veces se sintió turbado, y más de una vez deseó dar marcha atrás y dejar aquel camino espinoso que había emprendido, como en aquel duro momento en Getsemaní, previo a su oblación final, cuando Jesús sintió pánico al grado de sudar sangre:

“...Comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice: “Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo... Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú” (Mt 26,37-39).

Es conmovedor ver a un Jesús profundamente humano, que no esconde sus sentimientos. Pero tuvo un dolor muy grande: se sintió despreciado, pues los judíos y los doctores de la Ley no creían en Él, porque no tenía estudios y asombrados decían: ¿Cómo entiende de letras sin haber estudiado? (Jn 7,15), Otros decían: Este es el Cristo. Pero otros replicaban; ¿Acaso va a venir de Galilea el Cristo?.. “...También tú eres de Galilea? Indaga y verás que de Galilea no sale ningún profeta”, era una región de mala fama (Jn.7, 41.52). Su pueblo no creía en Él, porque pensaba que un trabajador como ellos no podía ser el Mesías. Y por eso decían: ¿Acaso no es este el hijo de José” (Lc 4,22-29); sus propios parientes le tuvieron por loco y fueron a hacerse cargo de él, ya que no aprovechaba su poder, pues decían: “Está fuera de sí” (Mc 3.21).

Y ya en la cruz sufrió la burla de la gente (Lc. 23,35), de los soldados (23,36-37) y hasta de uno que era ajusticiado con Él (23,39). Con razón dijo Juan: “Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” (Jn 1,11). Otras veces, Jesús se sintió apesadumbrado, desalentado, cansado. Aquellos hombres, que Él había elegido como compañeros, nunca acabaron de entender su mensaje: “... ¿Por qué estáis con tanto miedo?, ¿Cómo no tenéis fe? (Mc 4,40);

“... ¡oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros y habré de soportaros?” (Lc. 9,41); “...tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me conoces, Felipe?” (Jn 14,9); “¡Generación malvada y adúltera! Un signo pide y no se le dará otro signo que el signo de Jonás” (Mt 16,4). “Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado; no sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane” (Mt 13,15).

1.2.2 Jesús sufrió persecuciones

Otro dolor de Jesús fue la persecución, de diversas formas: calumnias, prisión, tortura y muerte violenta. Las calumnias que sufrió fueron graves y dolorosas: se le acusó de impostor (Mt 27,63), embaucador (Jn 7,47), pecador (Jn 9,24), blasfemo (Jn 10,33), endemoniado (Lc. 11,15), loco (Jn 10,20; Lc. 23,11). Dijeron que era samaritano (Jn 8,48), es decir enemigo político y religioso del pueblo.

Jesús sintió la tensión psicológica de sentirse vigilado y buscado para tomarle preso (Jn 7,30.44-46; 10,39; 11,57). A veces tuvo que esconderse o huir (Jn 12,36). Él sabía bien que si continuaba su entrega desinteresada, con la claridad y sinceridad que lo hacía, su vida acabaría violentamente (Cfr. Mt 16,21; 17,12; 17,22-23; 20,17-19).

Jesús supo en carne propia lo que era ser apresado (Mt 26,47-55), torturado, enjuiciado ilegalmente, con testigos falsos (Mt 26,57-69; 27,11-50). Supo, en fin, lo que era una muerte ignominiosa, con falsa acusación de querer “destruir el santuario de Dios, y en tres días edificarlo” (Mt 26,61), de ser blasfemo (Mt 26,65), malhechor (Jn 18,30), peligro para la nación (Jn 11,48-50). Todo pura calumnia.

Otro dolor profundo que sufrió Jesús fue la soledad. Conforme caminaba en su exigencia de amor, se iba quedando más sólo. Las multitudes de los primeros tiempos fueron disminuyendo de poco a poco. De forma que llegó el momento en que preguntó entristecido a sus los discípulos: “¿También vosotros queréis marcharos?” (Jn 6,67).

La noche anterior a su muerte sintió una necesidad pavorosa de verse acompañado de sus amigos más íntimos. Pero éstos se durmieron, y Jesús se lamentó diciéndoles: “¿Conque

no habéis podido velar una hora conmigo?” (Mt 26,40). Y al ser apresado quedó totalmente sólo: “todos los discípulos lo abandonaron y huyeron” (Mt 26,56); “¿Ahora creéis? Mirad que llega la hora (y ha llegado ya) en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Jn 16,31-32).

1.2.3 Un corazón abierto a todos

Jesús vivió siempre para los demás; su existencia estuvo totalmente orientada al servicio. Era un hombre abierto a todos, que no conocía el rencor, la hipocresía o las segundas intenciones. A nadie cerraba su corazón, pero a algunos se lo abría de manera especial: a los marginados y despreciados les daba más énfasis en la esperanza y les hacía ver el Amor de Dios y su propio valor humano.

Jesús se entregó totalmente al servicio de los necesitados; se dejó absorber por sus hermanos, al punto de que a veces no le dejaban tiempo ni para descansar (Mc 6,31-33).

En ese sentido, vivió plenamente el amor a los enemigos (Lc. 23,34-46; Mt 5,43). No censuró a nadie de los que venían a Él, sino más bien los recibió a todos quienes se le acercaban: “...y al que venga a mí no lo echaré fuera” (Jn 6,37): mujeres, niños, prostitutas, escribas, maestros piadosos, doctores de la Ley, zelotes, ricos y pobres. En contra de las costumbres de su época, Jesús no tuvo problemas en comer con los pecadores (Cfr. Lc. 15,2; Mt 9,10-11), anduvo con gente sospechosa, como los samaritanos (Lc. 10,29-37; Jn 4,4-42), las prostitutas (Lc. 7,36-40).

1.2.4 Perdón y amistad plena con Dios

Jesús vino al mundo dispuesto a hacer un nuevo pacto de amistad con los hombres. Conforme veremos en el Antiguo Testamento¹⁶, Dios siempre estuvo dispuesto a perdonar al

¹⁶ Cfr. Lo dicho al respecto en las pp. 6-7.

que se le acercaba con humildad; nunca se cansó de perdonar la infidelidad del pueblo. Prosiguiendo adelante con esta historia de perdón, Jesús vino personalmente a ofrecernos de nuevo la misericordia y la fidelidad de su Padre Dios.

Toda la vida de Jesús, fue un acto de amor con los hombres. Su entrega a los demás fue la prueba palpable de que Dios estaba dispuesto a perdonar siempre. Jesús insistió muchas veces, de palabra y de obra, para que nos convenzamos de la actitud bondadosa de Dios hacia nosotros. Y selló su mensaje central, derramando su sangre. Jesucristo es el perdón visible de Dios a los hombres, el Cordero que murió para borrar nuestros pecados (Jn 1,29) y sanarnos con sus llagas (1Pe 2,24). “En verdad, apenas habrá quién muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir, más la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores murió por nosotros” (Rom 5,7-8; Cfr. Rom 3,24; Col 2,13-14).

Jesús se esfuerza por convencernos de que Dios es un Padre que goza con perdonarnos. Como ejemplo, nada mejor que sus parábolas: la de la oveja perdida y la del padre misericordioso:

“¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se perdió, hasta que la encuentra? Cuando la encuentra, se la pone muy contento sobre los hombros y, llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos y les dice: ‘Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido’...” (Lc. 15,4-6).

“... El hijo menor reunió todo y se marchó a un país lejano, donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. Cuando se lo había gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país y comenzó a pasar necesidad... Y entrando en sí mismo, dijo: ‘¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre... Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: ‘Padre, pequé contra el cielo y ante ti, ya no merezco ser llamado hijo tuyo’. Pero el padre dijo a sus siervos: ‘Daos prisa; traed el mejor vestido y vestidle, ponédle un anillo en la mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, porque este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y ha sido hallado’. Y comenzaron la fiesta...” (Cfr. Lc. 15,11-24).

No necesitan comentario estos dos hechos contados por Jesús. La alegría y generosidad de su Padre son el reflejo de su amor para con sus hijos. Ciertamente la bondad de Dios con los hombres no tiene medida.

1.2.5 Conocer a Dios desde Jesús

Jesús, es el sello definitivo de fidelidad a Dios, que tan largamente ha sido proclamada por los profetas en el Antiguo Testamento. Él es el Siervo Fiel, “Dios que no miente” (Tit 1,2). Por él se mantienen y se llevan a la práctica las antiguas promesas de Dios: “...Cristo se puso al servicio de los circuncisos a favor de la veracidad de Dios, para dar cumplimiento a las promesas hechas a los patriarcas” (Rom 15, 8).

Por medio de Jesús ha llegado a la cumbre la fidelidad de Dios: En Él todo es Amor y Fidelidad... En él estaba toda la plenitud de Dios. Y todos recibimos de él una sucesión de gracias sin número. Ya Dios nos había dado la Ley por medio de Moisés, pero el Amor y la Fidelidad llegaron por Cristo Jesús.

Los profetas en el Antiguo Testamento, habían repetido tantas veces que la fidelidad de Dios no depende de que nosotros le seamos fieles a Él.

Pues, ¿qué? Si algunos de ellos fueron fieles, ¿frustrará, por ventura, su infidelidad la fidelidad de Dios? ¡De ningún modo! Dios tiene que ser verás y todo hombre mentiroso como dice la Escritura: Para que seas justificado en tus palabras y triunfes al ser juzgado (Rom 3,3-4).

Jesús es el Amor hecho vida; Dios convertido en hombre por amor a los hombres. Jesús le dio a Dios un rostro humano. Es Dios que viene a ofrecernos con los brazos abiertos todos sus dones. Si el hombre fue creado a imagen de Dios, Cristo es “la imagen de Dios” (2Cor 4,4; Heb 1,3).

Que Cristo habite por la fe, en vuestros corazones, para que,
arraigados y cimentados en el Amor,
podáis comprender con todos los santos,
la anchura y la longitud,
la altura y la profundidad
y conocer el amor de Cristo,
que excede a todo conocimiento, y os llenéis de toda la plenitud de Dios (Ef 3,17-19).

1.3 LA FE DE JESÚS

El Reino, acompañado de gestos liberadores, no pasó desapercibido para los paisanos de Jesús. Por el contrario, Jesús se volvió un personaje público (Mc 6,14), que despertó interés y sospecha. Mientras el pueblo tuvo una actitud de acogida y admiración, otros, como Herodes Antipas y los miembros del Sanedrín, fueron remisos en reconocer a Jesús como el Mesías esperado. Los mismos discípulos reaccionaron de manera peculiar: ‘¿quién es Jesús?’. Las interpretaciones variaron en función del grupo.

El criterio fundamental para la verificación de la fiabilidad histórica de la interpretación de Jesús, subjetiva o externa, favorable o desfavorable, sigue siendo la coherencia con los datos históricamente comprobados: el anuncio programático del Reino de Dios a los pobres y la condenación a la muerte de cruz¹⁷.

1.3.1 El profeta de Galilea

Cuando Jesús entró en Jerusalén montado en un asno y acompañado de una multitud que gritaba: *¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*, los habitantes de la capital se preguntaron: “¿Quién es éste?”, y la misma multitud se respondió: “Es el profeta Jesús de Nazaret de Galilea” (Mt 21,9-11). La opinión popular, en oposición a las autoridades religiosas, vio en Jesús una figura según el modelo clásico de los profetas, por ejemplo:

- “Es Elías”, otros: “Es un profeta como los demás profetas” (Mc 6,15).
- “Unos que Juan Bautista; otros, que Elías, que uno de los profetas” (Mc 8,28).
- “Unos que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que un profeta de los antiguos ha resucitado” (Lc. 9,19).
- ”Un gran profeta ha surgido entre nosotros” y “Dios ha visitado a su pueblo” (Lc. 7,16).
- ”Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras...” (Lc. 24,19).
- ” Le dice la mujer: “Señor, veo que eres profeta” (Jn 4,19).
- ”Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo” (Jn 6,14).
- “Un profeta sólo en su patria entre sus parientes y en su casa carece de prestigio” (Mc 6,4).
- ”Porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén” (Lc. 13,33).

¹⁷ FABRIS, Rinaldo, op. cit, p. 172.

Pero, Jesús es más que un profeta. No sintió la necesidad de legitimar su predicación, aludiendo a una llamada de Yahvé como hacían los profetas (Cfr. Am 7,15; Is 6,8-13; Jer 1,4-10); tampoco empleó el lenguaje propio de los profetas, que se sentían portavoces de Yahvé (“así habla Yahvé”, “escuchen lo que dice Yahvé”, “oráculo de Yahvé”). Jesús emplea una fórmula propia, desconocida por los profetas, que manifiesta su autoridad plena: “*En verdad, en verdad os digo...*”.

Por otro lado, Jesús no muere, como los profetas, por hablar de las exigencias de la Ley. Él anuncia algo nuevo: el Reino de Dios¹⁸.

Jesús, en la perspectiva de los evangelios, asume los rasgos del Revelador definitivo de la voluntad de Dios, alejándose, por tanto, del modelo de maestro judío, debido a que Jesús convoca a hombres adultos, no para un curso, sino para comprometerlos con un proyecto donde la persona ocupa un papel insustituible.

Un análisis crítico de algunos textos nos permite afirmar que Jesús utilizó para sí mismo varios títulos que sintetizan lo que aquí queremos decir, a saber:

- a) **Cristo:** la confesión de Jesús en el Sanedrín (Mc 14,62) expresa la fe de la comunidad primitiva en Jesús como Cristo, verdadero Liberador. La confesión de Pedro (Mc 8,29), a más de un hecho histórico, es una confesión de fe de la comunidad, luego de la Resurrección: “Tú eres el Cristo”. El título se convierte después en nombre, de suerte que ‘Jesucristo’ expresa al Jesús histórico y al Cristo de la fe¹⁹.
- b) **Hijo de Dios**²⁰: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a ingenuos. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Mi Padre me lo ha entregado todo, y nadie conoce quien es el Hijo sino el Padre y quien es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc. 10,21-24). En estas palabras hay una manifestación profunda de la divinidad de Jesús. A Dios sólo lo puede conocer el Hijo, y sólo el Padre lo conoce a

¹⁸ PAGOLA, José Antonio, *Jesucristo*, Quito, Tierra Nueva, 1997, p. 12.

¹⁹ Boff Leonardo, *Jesucristo Liberador*, Santander, Sal Terrae, 1983, pp. 160-161.

²⁰ Cfr. GEA, Escolano José, *Soy Jesús, ¿me conoces?* Catequesis sobre Jesucristo para los jóvenes, Madrid, Editorial PPC, 1985, pp. 60-61.

él. El conocimiento mutuo supone igualdad: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30; Cfr. Jn 14,9-11).

- c) **Hijo del Hombre**²¹: Jesús se aplica este título del libro de Daniel, quien describe de forma apocalíptica la historia de los imperios, con imágenes de bestias y fieras que luchan contra Dios, y son vencidos (Cfr. Dn 7,13-14). Al aplicarse Jesús este título, manifiesta, por un lado, un rasgo de su personalidad y, por otro, se protege de sus enemigos, ya que esta expresión podía entenderse de diversas maneras. De hecho, nadie lo llama “Hijo del hombre”, es un título que sólo aparece en labios de él, con el afán de llamar la atención sobre una realidad nueva que se irá desvelando a medida que vaya pasando el tiempo, hasta llegar a su plena revelación.
- d) **Señor**²²: es una fórmula para referirse a Yahvé. Siglos atrás se había sustituido el nombre sagrado de YHWH, por la forma aramea “mar” (Cfr. Dan 2,47; 5,23), que la Septuaginta traduce por el griego “kyrios”, es decir ‘Señor’. Jesús es llamado “Señor” como fórmula de cortesía; sin embargo, la atribución que él hace de ese título va más allá, pues hace referencia a su preexistencia y divinidad (Mt 22,43-45; Mc 12,35-37; Lc. 20,41-44; Cfr. Sal 110,1). Esto permite ver cómo se atribuía a Jesús citas veterotestamentarias referidas originalmente a Yahvé (Cfr. He 2,20ss; (1Jn 3,1-5). Finalmente, la fórmula “Señor de Señores” (Dt 10,17) es aplicada a Jesús en clara identificación a Dios (Ap 17,14; 19,16); las fuentes judeo-cristianas (1Pe 1,25; 2Pe 1,1; 3,10; Hb 1,10) y paulinas (Rom 5,1; 14,4-8; 1Cor 8,5-6; 1Tes 4-5; 2Tes 2,1ss) corroboran estos asertos.
- e) **Logos**²³: Juan da un paso adelante al denominar a Jesús ‘Logos’. El Logos es Dios (1,14); Jesús es la Palabra, y no puede ser separado y transmitido como mero contenido de conocimiento. La Palabra es la persona, de tal forma que sólo posee la salvación quien cree en la Persona. ¿Qué significa creer en Jesús-Palabra? Para Juan significa aceptarlo como Revelador del Padre (Jn 10,30). Si la Palabra se encarnó, entonces también transfiguró toda la realidad. De ahí que Jesús afirme: “yo soy la luz, el pan verdadero, el agua viva, el camino, la verdad y la vida”. Al decir que Jesús es “la

²¹ Ib. pp. 58-59.

²² Ib. pp. 345-347.

²³ Cfr. BOFF, Leonardo, op. cit., p. 166.

Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios (Jn 1,1b), se alcanza el punto más alto de la cristología. La soberanía y autoridad de Jesús, confirmadas por la Resurrección, reciben su más exhaustiva interpretación.

1.3.2 Búsqueda constante de Dios y de su Reino

Parece que Jesús no tuvo desde el comienzo una idea del todo clara acerca de la voluntad de Dios. Jesús pasó por un proceso de "conversión", no como elección entre el bien y el mal, sino como descubrimiento de Dios y de su voluntad.

Poco a poco, a partir de una actitud constante de oración, fue comprendiendo quién era y qué quería Dios de Él. Desde las raíces culturales de su pueblo, desde la meditación del Antiguo Testamento, desde la observación de la realidad, iluminadas por una fe sincera, Jesús fue comprendiendo cada vez mejor al Dios de Israel; fue haciendo más transparente su actitud de Hijo querido, débil, agradecido y obediente a su Padre.

La búsqueda sincera es expresión profunda de fe. La búsqueda de Dios la consigue Jesús a partir de dos realidades profundamente humanas: la tentación y la ignorancia.

En los Evangelios Sinópticos la escena de las tentaciones se centra en lo más profundo de la actividad y personalidad de Jesús: su relación con el Padre y su servicio incondicional al Reino. En otras palabras, las tentaciones nos dan la clave para comprender la fe de Jesús, como una confianza en el Padre y obediencia al Reino:

En el huerto, la noche anterior a su muerte, Jesús parece sentir con fuerza la tentación del poder, pues era lo único que parecía poder salvarle. La agonía del huerto, es la crisis absoluta de la idea del Reino; esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas (Lc 22,53). Jesús supera la tentación, sin huir del conflicto. Y en la Pasión, la tentación toca más que nunca su fe, parece como que Dios lo abandona (Mc 15,34), pero Jesús supera la tentación con la misma actitud de siempre: "...pero no sea lo que yo quiero, sino o que quieres tú" (Mc 14,36). La fe de Jesús es total entrega de sí mismo y su amor, es amor liberador. ¡Esa es su novedad!

Jesús aparece en absoluta familiaridad con Dios; su entrega es absoluta, pero dejando a Dios ser Dios. Dejar a Dios ser Dios no es cuestión de ideas, sino de actitudes históricas concretas.

CAPÍTULO II

EL DIOS DE JESÚS ES ANTE TODO PADRE

En el capítulo anterior, nos hemos acercado a la experiencia de Dios en el Antiguo Testamento y de allí hicimos una síntesis apretada de cristología para poder tener una idea básica de lo que significó la predicación de Jesús, que causó honda impresión en sus discípulos, al punto de dar pie a un movimiento cristiano que a través de los siglos ha ido descubriendo y redescubriendo el proyecto salvífico del Reino.

Estudiosos como Boff, Beaunde, Enjuto y otros, a los que hemos citado en este trabajo, son unánimes en confesar que toda la vida de Jesús consistió en desempeñar fielmente la función de transmisor de la comunicación entre el Padre y el mundo. Él es, en su totalidad, contacto, mediación, canal por el cual Dios se comunica con el mundo; por Él pasa todo movimiento de comunicación. Jamás se encierra en sí mismo, sino que es apertura al Padre y apertura al mundo. No tiene otra misión más, que el servicio al Padre en los hermanos: ponerlos a los dos en contacto. Este es su modo de ser "misionero".

En este segundo capítulo, siguiendo la misma línea, queremos descubrir la presencia de Dios como Padre que experimentaba Jesús. De entrada dejamos como una confesión de fe, que la gran novedad de Jesús, es que Yahvé es "Abbá" misericordioso.

2.1 JESÚS SE SIENTE ENVIADO DEL PADRE

La actitud que tuvo Jesús desde sus primeros años fue de continua búsqueda de Dios y de su obediencia a Él. Esto le fue formando una conciencia cada vez más clara de que Dios le había mandado al mundo con una misión especial: "Me conocéis a mí y sabéis de donde soy. Pero yo no he venido por mi cuenta, sino que es veraz el que me ha enviado; pero vosotros no le conocéis" (Jn 7,28b). Por eso, podemos decir que "Enviado" puede ser un nombre propio

para Jesús: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn 17,3)²⁴.

Refiriéndose al Padre, Jesús casi siempre dice, que es el Padre quien lo envió, otras veces no cita el nombre del Padre, sino que simplemente dice el que me ha enviado (Jn 5.30; 6,38.39).

Jesús no es simplemente un mensajero del Padre que trae un mensaje de parte de Él. ¡Él mismo es el mensaje! El Padre no decidió enviar regalos a los hombres por medio de Jesús, sino que envió a su propio Hijo para que sea el don que Él quiere darle a la humanidad: una nueva oportunidad para renovar su Alianza de amor.

En ese sentido, Jesús no tuvo vida “privada”, no se concentró en sí mismo: siempre habló a los hombres sobre Dios y habló a Dios sobre los hombres. Siempre escuchó la voz de Dios en el mundo y escuchó lo que Dios siente por el mundo.

Es decir, Jesús es aquel que oye y ve, el que vive recibiendo y dando. Todo lo que tiene es recibido de su Padre Dios.

“...porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado (Jn 17,8)...porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer (Jn 15,15)... porque yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado me ha mandado lo que tengo que decir y hablar. Por eso, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí” (Jn 12,49-50).

Jesús, es todo lo contrario a un ser egoísta que vive encerrado en sí mismo. Jesús nos confiesa: “Yo no puedo hacer nada por mi cuenta: juzgo según lo que oigo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado” (Jn 5,30)... “el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo” (Jn 5,19). Su punto de referencia, su eje, siempre es el Padre.

²⁴ Los discípulos lo reconocen en el momento en que sienten que Él es el enviado: “*Estos reconocieron que tú me enviaste*” (Jn 17,25). Y el testimonio de su predicación es “*para que el mundo crea que tú me enviaste*” (17,21).

Por eso es que confesamos que las palabras de Jesús están dotadas de una autoridad radical, porque no procede de Él, sino del Padre²⁵. Su ser misionero es transparencia de la autoridad del Padre, autoridad, fuerza y amor del Padre que Jesús comparte con y en el mundo.

La sumisión total de Jesús al Padre no es algo pasivo; él encuentra en las Sagradas Escrituras la orden y las instrucciones de Dios, pero él, va más allá de la letra; sabe interpretar el espíritu de los textos bíblicos, no por insubordinación, sino por obediencia profunda al Espíritu del Padre. Su obediencia es activa y creadora y él encarna en su vida las líneas maestras del plan del Padre Dios.

2.1.1 Al Padre lo conoce sólo el Hijo

Jesús se sintió enviado de Dios, y en su experiencia de Hijo, fue conociendo cada vez más perfectamente a su Padre. Por sentirse amado y enviado, recibió el conocimiento de Dios, conocimiento vivido en el movimiento de su propia misión de Hijo. En este sentido, leemos en el evangelio de Mateo: “Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27); de igual manera se expresa Juan: “...como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre...” (Jn 10,15). Puesto que sólo el Hijo conoce de veras al Padre, es el único capaz de transmitir a otros ese conocimiento.

...”En verdad en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que él hace. Y le mostrará obras aún mayores que éstas, para que os asombréis” (Jn 5,19-20).

Jesús quiere decir, al usar esta comparación familiar, que Dios le ha dado todo el conocimiento de sí mismo, y por eso Él es el único que puede comunicar a los demás el verdadero conocimiento de Dios. Esta afirmación de Jesús es de suma importancia para

²⁵ Cfr. GEA, Escolano José, “*Soy Jesús, ¿me conoces?*” *Catequesis sobre Jesucristo para los jóvenes*, Madrid, Editorial PPC, 1985, pp. 60-61.

entender su misión. La conciencia de ser el enviado del Padre, para transmitir el conocimiento de Dios, la encontramos también en otros pasajes del Evangelio²⁶.

¿Cuándo y dónde recibió Jesús esta revelación, en la que Dios le concede el conocimiento pleno de sí mismo? Los Evangelios no afirman tal cosa, pero quizá fue en alguna experiencia concreta sucedida en algún acontecimiento especial. Así lo insinúan también algunos textos, donde se descubre a Dios abriendo su intimidad a su Hijo, dándole con ello autoridad y poder.

2.2 JESÚS SIENTE A DIOS COMO “ABBÁ” QUERIDO

Para entender el mensaje y la práctica de Jesús es necesario partir de una singular vivencia de Dios.

2.2.1 Una nueva experiencia de Dios

Como acabamos de ver, Jesús hereda toda una rica tradición de fe de su pueblo Israel. Para el judaísmo antiguo Dios es, ante todo, Señor Todopoderoso, siempre por encima de todos. En otras palabras, para Israel Yahvé es el único y verdadero Dios. Y Jesús tiene fe en todo ello, puesto que es y vive como un verdadero israelita. Su fe se adentra de poco a poco, en el ser de Dios, tomando características totalmente nuevas y diferentes de este único y verdadero Dios. Es decir, aceptando y viviendo su fe como verdadero israelita, Jesús comienza a experimentar una nueva imagen de Dios mucho más clara como Padre y Creador.

El respeto a Dios como Señor absoluto es elemento esencial en la predicación de Jesús, pero no es su centro. Para Él, Dios es ante todo Padre. Ya en el Antiguo Testamento se habla de Dios como Padre, pero con Jesús esta paternidad tiene acentos nuevos. La experiencia de Jesús es totalmente original, al punto que supera todas las creencias del Antiguo Testamento.

La vida de Jesús, (sus actitudes, amistades y compromisos), se halla animada de tal manera por esta realidad viva que es “Dios”, que adquieren un estilo y originalidad

²⁶ Véase por ejemplo: Mc 4,11; Mt 11,25; Lc 10,23-24; Mt 5,17; Lc 15,1-32, etc.

extraordinarios para todos los que se encuentran con él. Es imposible comprender a Jesús y su mensaje sin conocer al Dios en el que Él creyó y al que obedeció hasta las últimas consecuencias.

Para Jesús, lo principal no es la palabra "Dios", sino los hechos que hacen presente a Dios. Él nunca se enredó en disquisiciones teológicas, ni en oraciones vacías (Cfr. Mt 6,5-8), ni se sirvió de teorías sobre "Dios" para adoctrinar a sus oyentes, sino que se refería al Padre a partir de situaciones concretas, buscando siempre descubrir los signos de su presencia en el mundo.

Jesús no enseñó ninguna doctrina nueva sobre la paternidad de Dios. Lo original en Él, fue la invocación a Dios como Padre, que se apersona en acciones liberadoras. Él designa a Dios, como quien rompe toda opresión, incluso la opresión religiosa. Porque actúa de modo profético, como destructor de toda opresión, es que Jesús se atreve a llamar a Dios 'Padre'. Porque siente a Dios como Padre, Jesús deja de cumplir ciertas normas legales, contrarias al proceso de liberación en el que Él ve la presencia salvadora del Padre.

Por ello, su original experiencia de Dios le lleva a un enfrentamiento con los adoradores del dios oficial. Para los escribas y fariseos, Jesús era un blasfemo porque cuestionaba el dios del culto, del templo y de la ley. Pero Jesús no ve a Dios encerrado en un templo o sometido al cumplimiento de rituales y cultos o exigiendo el cumplimiento de las leyes judías. Él abre nuevas ventanas por las cuales se descubre la presencia de Dios Padre misericordioso.

Jesús es condenado como 'blasfemo', por presentar un Dios distinto al predicado por la comunidad judía. Walter Kasper advierte que "parece que en el proceso ante el sanedrín (Mc 14,53-65) jugaron dos cosas: la cuestión mesiánica, importante para la acusación ante Pilato, y la palabra de Jesús sobre la destrucción del templo. Con ello se debía probar que Jesús era falso profeta y blasfemo, contra lo que existía la pena de muerte" (Cfr. Lev 24,16; Dt 13,5s; 18,20; Jer 14,14s; 28,15-17)²⁷.

Jesús no anuncia al dios oficial de los fariseos (parábola del fariseo y del publicano), ni al dios de los sacerdotes (parábola del buen samaritano), sino a un Dios cercano y familiar, al que se puede acudir con la confianza de un niño. Es el Dios que sale a nuestro encuentro, que

²⁷ GUERRA, José, op. cit. p. 20.

busca al pecador, que prefiere estar entre los marginados y que rechaza a los que ocupan los primeros puestos. Jesús presenta un Dios sin intermediarios de la ley, del culto, de las normas, de los sacerdotes y del templo²⁸.

Jesús siente profundamente a Dios como Padre de infinita bondad para los hombres. No se trata del dios de la ley que hace distinción entre buenos y malos, sino del Dios siempre bueno que sabe amar y perdonar, que corre detrás de la oveja descarriada, que espera ansioso la venida del hijo pródigo, al que acoge en el calor del hogar. El Dios que se alegra más con la conversión de un pecador que con noventa y nueve justos que no necesitan conversión.

2.2.2 Actitud filial de Jesús ante Dios

La experiencia que Jesús tiene de Dios se concreta en el nuevo sentido que da a su relación con su Padre. La actitud filial de Jesús ante Dios Padre es fundamental, puesto que es una relación única. Jesús siente en su vida la presencia amorosa de Dios y la comunica llamándole "Padre". Siente que a su Padre le debe afecto y obediencia.

Cumplir la voluntad del Padre se convierte en el núcleo central de la vida de Jesús. Su Padre le ha dado una misión, y Él tiene que llevarla a cabo. Jesús se siente Hijo de Dios cuando se mete en la marcha de la historia; se siente hijo ocupándose de lleno en la construcción del Reinado de Dios su Padre; ve que la soberanía liberadora de Dios debe realizarse en la historia, tal como él mismo lo experimenta en su propia vida.

Jesús predica la esperanza al mundo, a partir de su experiencia de Dios como Padre. Padre que abre un futuro esperanzador a la humanidad; un Padre que se opone a todo lo que es malo y doloroso para el hombre; un Padre que quiere liberar a la historia del dolor humano. Su experiencia de la paternidad divina es una vivencia de Dios que libera y ama al hombre.

Si prescindimos de la vivencia que Jesús tiene de Dios Padre, su imagen histórica quedaría anulada, su mensaje debilitado y su práctica privada del sentido que Él mismo le dio.

2.2.3 Para Jesús, Dios es “Abbá”

²⁸ Cfr. KASPER, Walter, *Jesús el Cristo*, Salamanca, Sígueme, (8ª ed.), 1992, p. 139.

En el tiempo de Jesús se había oscurecido la imagen de Dios; la gente no se atrevía a pronunciar su nombre. Dios era "el Innombrable", al que se debía dirigir en tono solemne, acentuando siempre la distancia entre Él y los hombres.

Jesús supera definitivamente esa imagen de Dios, cuando se dirige confiadamente a Dios llamándole "Abbá". Debemos aclarar que en su oración, esta frase no es muy original, puesto que unas pocas veces en el Antiguo Testamento, ya aparece la palabra "Padre" referida a Dios²⁹. Y cuando los judíos la usaban, era siempre en un clima de sumo respeto y majestad, añadiéndole títulos divinos ostentosos. Más aún, en estos casos, la expresión 'Padre', se refería siempre a la paternidad divina sobre el pueblo de Israel (Cfr. Jer 31,9; Is 63,16).

De ahí que la originalidad de Jesús es doble: es la primera vez que encontramos una invocación al Padre hecha por una persona concreta y es también la primera vez que un judío al dirigirse a Dios lo invoca con el nombre de "Abbá"³⁰.

Invocar a Dios como "Abbá" constituye una de las características más seguras del Jesús histórico. "Abbá" pertenece al lenguaje infantil y doméstico, un diminutivo de cariño, utilizado también por los adultos con sus padres o con ancianos respetables. A nadie se le podía ocurrir usar con Dios esta expresión familiar; hubiese sido una falta de respeto a Yahvé. Y, sin embargo, Jesús, en sus oraciones se dirigía siempre a Dios con esa invocación: "Abbá" (Papito querido), expresión que denota que Dios, para Jesús, es un ser cercano, acogedor, lleno de misericordia³¹.

El Nuevo Testamento conserva la palabra aramea "Abbá" para subrayar el "atrevimiento" de Jesús (Rom 8,15; Gál 4,6-7). La familiaridad de Jesús con su Padre quedó

²⁹ Jesús llama "Dios" al Padre, sólo cuando cita palabras textuales del Antiguo Testamento (Cfr. Mc 15,34).

³⁰ Estos son hechos de suma importancia, puesto que en las oraciones judías no se nombra ni una sola vez a Dios con el nombre de Abbá, pero Jesús lo llamó siempre así. Abbá era la palabra familiar que los niños empleaban para dirigirse a su padre. Más o menos corresponde al "papito" castellano o al "yaya" quichua.

³¹ Nada menos que 170 veces ponen los Evangelios esta expresión en labios de Jesús. La palabra "Abbá", así, en arameo, sólo aparece en el evangelio de Mc.14,36). Pero según los estudiosos, siempre que los evangelistas ponen en griego, en labios de Jesús, la palabra griega "pater", no están sino traduciendo la palabra aramea "Abbá", pues está demostrado que esa era la costumbre constante de Jesús. Cfr. PAGOLA, José Antonio, *Jesús aproximación histórica*, Editorial PPC, San Sebastián, 2008, VI edición, págs. 257-259.

tan grabada en el corazón de los discípulos, que la invocación "Abbá" se extendió rápidamente en el cristianismo primitivo, y los primeros cristianos adoptaron esta forma de orar de Jesús.

‘Abbá’ encierra el secreto de la relación íntima de Jesús con Dios; Él se dirigía a Dios como una criatura a su padre, con la misma sencillez de abandono y confianza. Evidentemente, Jesús conoce también los otros nombres dados a Dios por la tradición de su pueblo, y no le asusta la seriedad de ellos, como bien puede verse en varias de sus parábolas, donde Dios aparece como Rey, Señor, Juez y Vengador, pero mantiene siempre la certeza de que Dios es ante todo bondad y ternura.

A los contemporáneos de Jesús les resultaba inconcebible dirigirse a Dios con esa palabra tan popular. Era para ellos algo irrespetuoso. El que Jesús se atreviera a dar ese paso, hiriendo la sensibilidad de su ambiente, significaba algo nuevo e inaudito: poner a Dios cerca de sus hijos, no como juez que vigila, sino como Padre que está presto a abrazar a sus hijos que regresan. Él le hablaba a Dios como hace un niño a su padre, con la misma sencillez, con el mismo cariño, con la misma seguridad; lleno de confianza y al mismo tiempo, de respeto y obediencia. Cuando Jesús llama a Dios ‘Abbá’ nos revela el fondo de su relación con Él. Es una invocación que expresa el meollo mismo de la relación de Jesús con Dios.

Veamos algunos casos concretos en los que se manifiesta el gozo y la confianza que Jesús deposita en su Padre:

- En primer lugar, la escena en la que Jesús, con la alegría del Espíritu Santo, bendice al Padre “... porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a ingenuos. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito.” (Lc. 10,21).
- Otra escena que mueve a Jesús a decir “Abbá”, es la acción de gracias por la resurrección de Lázaro: “...Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía que tú siempre me escuchas...” (Jn 11,41-42).
- Lleno de confianza, la noche de su Pasión, exclamó: “...Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti... Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar...para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros... Padre los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que

contemplan mi gloria, la que me has dado... Padre justo, el mundo no te ha conocido y éstos han conocido que tú me has enviado...que el amor con el que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos (Cfr. Jn 17,1-26).

- En la oración del huerto, Marcos se siente obligado a mantener la palabra aramea: “¡Abbá Padre!”; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mc 14,36). En ese momento, la confianza de Jesús en su Padre llegó a su cumbre. En la hora dramática, el Padre es el Supremo refugio de Jesús, al punto de pedirle que lo libere del trance de la Pasión (Cfr. Mt 16,21; Mc 8,31; Lc. 9,22; 17,25)³².
- Ya en el suplicio sabe pedir con sinceridad el perdón para sus verdugos: “Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23,34). Y encomienda su Espíritu en las manos de su “Abbá” (Lc. 23,46), pero sin dejar de preguntarle por las causas de su aparente abandono (Mc. 15,34).

2.2.4 Jesús imagen viva y real de Dios como Padre

Una de las imágenes nuevas de Dios la encontramos en el Nuevo Testamento y concretamente en el evangelio de Juan, donde Jesús se presenta como el referente vivo y real de Dios Padre: “A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1,18). Pablo, en su carta a los Romanos, nos presenta este conocimiento de Dios de la forma más sencilla a través de la creación: “porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables” (Rom 1,20). Y finalmente el mismo Pablo, en su primera carta a Timoteo, nos presenta lo mismo: “Al Rey de los siglos, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén” (1Tim 1,17).

En la búsqueda del conocimiento del Dios de Jesús, el evangelio de Juan pone en labios de Felipe una pregunta bastante displicente y atrevida, dirigida a Jesús: “...Señor muéstranos al Padre y nos basta” (Jn 14,8), En este texto bíblico, Felipe es el prototipo del

³² Esta audacia, que consiste en pedir que el Padre cambie su plan, se basa en su inmensa confianza en Él. Jesús tiene tanta familiaridad con Dios que aún en la angustia y en el peligro permanece al mismo nivel. Le pide que cambie sus planes; pero acepta la negación de su petición, sin perder por ello su actitud de confianza.

hombre y de la humanidad, que tiene el profundo deseo de buscar a Dios. Jesús, con su respuesta, no se hace esperar y afirma que ya lo está viendo, pues está presente en medio de ellos: "... ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn 14,9). No hay cosa más segura que Jesús, para llegar a conocer a Dios. "...Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí" (Jn 14,6).

A través del estudio y la reflexión de la Palabra de Dios, entendemos que todo hombre, es creado a imagen y semejanza de Dios; y esto se hace evidente en grado sumo en la vida de Jesús, quien es *La Imagen, La Manifestación absoluta y La Impronta* irrepetible de Dios. Jesús, con sus enseñanzas, hechos y acciones, es decir con toda su vida, es la presencia y la revelación de Dios.

Por ello es que la imagen de Dios Padre transmitida por Jesús, es considerada y aceptada en la vida de la Iglesia y del pueblo como el Único y Verdadero Creador. Ver, oír y palpar a Jesús, es conocer, sentir y vivir al mismo Dios (Cfr. 1Jn 1,1). Él es el verdadero mediador para llegar a Dios, que nos comunica su infinito amor; Él es el verdadero y único Sacramento de Salvación.

Otra imagen del Dios de Jesús como Padre que hemos resaltado en este capítulo, es aquella que presenta Jesús en su experiencia diaria, que nos demuestra el corazón compasivo y misericordioso del Padre. Conocer a Dios es practicar la justicia y el derecho y hacer una opción preferencial por los pobres y marginados de este mundo.

Durante su vida terrena, Jesús manifestó su actitud cercana al amor de Dios, y esto le permitió dar a conocer a todos los hombres, con una simplicidad absoluta, los actos de amor y perdón que el Padre nos ofrece, como señal de la permanencia en el amor de Padre (Cfr. Jn 5,19-20).

Pablo, en su carta a Tito, nos recuerda que Jesús, con su testimonio y su obrar, nos da a conocer quién es Dios: Misericordia y Solidaridad; "Más cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombre" (Tit 3,4). Entonces, el Dios de Jesús, es un Dios que se conmueve ante el sufrimiento de los hombres. Este rasgo lo vemos claramente en

la parábola del Padre misericordioso (Cfr. Lc. 15,20ss), quien al ver volver a casa a su hijo, se conmueve hasta las entrañas, al punto de considerarse secuestrado por una compasión sin límites. Esa misma compasión vive Jesús: “Y al ver a la muchedumbre sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor” (Mt 9,36); véase también (Mt 15,32; Lc. 7,12-15; Mt 20,34).

El servicio hecho por Jesús, es otra de las características de la nueva imagen de Dios, que tienen una fuerza sobrenatural, si pensamos y aceptamos que es el mismo Dios quien lo hace. Jesús es todo para los demás, Él no tiene miedo a nada ni a nadie, sólo vive para hacer la voluntad de su Padre Dios. Esta actitud de servicio total es digna de imitar y alcanza su culmen al momento de ponerse de rodillas para lavarles los pies de sus discípulos (Cfr. Jn 13,3-5).

Una última imagen que queremos destacar, es la del Padre que ofrece el perdón. Los evangelios son las pruebas más claras del escándalo, de la inconformidad producida cuando Jesús llamaba a la salvación a los pecadores. Sus detractores le pidieron constantemente que justifique las razones de su actitud, y Jesús respondía diciendo que Dios es Padre y pastor que se llena de alegría, incluso cuando sólo es uno el que se convierte. Y es que su bondad y su misericordia no tienen límites.

En la alegría de Dios llega la hora de la salvación: los ciegos ven, los paralíticos andan y se anuncia la Buena Noticia a los pobres. Con muchas comparaciones Jesús expresa esto. Queremos destacar algunas parábolas donde Jesús nos enseña que el Padre se alegra infinitamente y goza perdonándonos: “el hijo perdido y el hijo fiel” (Lc. 15,11-32), “la dracma perdida y la oveja perdida” (Lc. 15,1-10). En estas parábolas, Jesús presenta una nueva imagen de Dios con un rostro de alegría que irremediabilmente contrasta con la imagen del Dios oficial en la religión de Israel: “Porque la Ley se dio por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos ha llegado por Jesucristo” (Jn 1,17-18): “Pues afirmo que Cristo se puso al servicio de los circuncisos a favor de la veracidad de Dios, para dar cumplimiento a las promesas hechas a los patriarcas” (Rom 15,8).

Ciertamente, la fidelidad del eterno Padre está en el amor. Este es el fondo de la confianza a toda prueba que debe tener el creyente que ha puesto su vida y su fe en Jesucristo. Él nos quiere y nos ama a través del perdón, sin distinción alguna; Él es la fuerza más poderosa en nuestro corazón, aquel que nos lleva a vivir una verdadera hermandad en este mundo.

A partir de la experiencia de su Padre, Jesús anunció a todo el orbe, con fuerza y valentía, la esperanza salvadora de Dios como Padre de amor, de verdad, de justicia y de misericordia. Este Padre se opone a todos los signos de opresión y a todo lo que causa dolor y sufrimiento en el hombre, creado a su imagen y semejanza por amor. El deseo más radical de Jesús, es redimir para siempre a la historia humana del dolor.

En todos los momentos de su vida, incluidos los de su muerte, Jesús insistió en el llamado a creer en este Padre Dios, en este Dios de la vida, para quien todo lo imposible es posible” (Mc 10,27).

En la hermosa oración que Jesús enseñó a sus discípulos para dirigirse a su Padre, se nota una clara expresión de su relación y actitud filial a Él. No se trata solamente de pensar que es un método repetitivo superficial y bien realizado rítmicamente y con buena perspectiva religiosa, sino que es un medio que deben utilizar todos los llamados a la fe, para participar de la intimidad y filiación divina con su Hijo Jesús: “Vosotros, pues, orad así”:

Padre nuestro, que estás en los cielos,
santificado sea tu Nombre;
venga tu Reino;
hágase tu Voluntad
así en la tierra como en el cielo.
Nuestro pan cotidiano dánosle hoy;
y perdónanos nuestras deudas,
así como nosotros hemos perdonamos a nuestros deudores;
y no nos dejes caer en tentación,
más líbranos del mal. (Mt 6,9-13).

2.3 LA MUERTE DE JESÚS INFINITO AMOR DEL PADRE

“El hecho de que Jesús de Nazaret fue ejecutado en una cruz pertenece a las realidades más ciertas de la historia de Jesús”³³. La crucifixión era un suplicio romano, tomado de los cartaginenses, que se remontaba a los persas y fenicios. Era una forma de morir cruel y denigrante, que se reservaba a esclavos, extranjeros, delincuentes y rebeldes políticos. En la “República “Platón escribe: “El justo será flagelado, desollado, amarrado y cegado con fuego. Y cuando haya soportado todos los dolores, será clavado en la cruz”³⁴. La cruz era indigna de un ciudadano romano o de un hombre libre. Cicerón sostenía: “la idea de la cruz tiene que mantenerse alejada no sólo del cuerpo del ciudadano romano, sino de sus pensamientos, ojos y oídos”³⁵.

Jesús empezó su vía crucis, portando la cruz como el instrumento de su suplicio. Junto a Él, según testimonio evangélico, fueron llevados dos ‘salteadores’ (Mt. 27,38.44 y Mc. 15,27) o ‘malhechores’ (Lc.23, 33.39). Jesús, extenuado por lo accidentado del camino y por la opresión de la masa, tropezó y cayó más de una vez. Los sinópticos coinciden en recoger la escena en que “obligaron a tomar la cruz a uno que venía del campo, Simón de Cirene, padre de Alejandro y Rufo. Y lo cargaron con la cruz, para que la llevase detrás de Jesús” (Mc 15,21; Lc. 23,26; Mt 27,32). Era comprensible, dada la extrema debilidad de Jesús, después de haber sido flagelado (Mc 14,65).

La crucifixión de Jesús fue a la hora tercia (de 9h00 a 12h00, Cfr. Mc 15,25-27), con dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda³⁶. Lo crucificaron colocando en el suelo el madero horizontal y acostándolo sobre él, de manera que quede fijado con unos clavos que le atravesaban el carpo o muñeca. El madero vertical con anterioridad había sido clavado en el

³³ KASPER Walter, op. cit., p. 138.

³⁴ República 2,5, 361 E; citado por Leonardo Boff, op. cit., 124.

³⁵ Cicerón, Pro C. Rabirio perduellionis reo, cap. IV, 16; citado por W. Kasper, op. cit., 139; y también por Rinaldo Fabris, op. cit., 256. La cruz constaba de dos travesaños de madera. El condenado no llevaba la cruz formada y unida, sino que portaba sólo el palo transversal (Patibulum) cuyo peso sería 50 kilos aproximadamente. Jesús recorrió algo más de 600 metros, desde la Torre Antonia, hasta el lugar de ejecución, fuera de la ciudad, el Gólgota, donde estaba clavado el tronco vertical (el stipes). El reo llevaba colgado el ‘titulus’ donde se indicaba la causa de su muerte.

³⁶ De los diversos tipos y formas de cruces que se distinguen en la época, está la llamada COMMISA (en forma de T), la DECUSATA (forma de aspa, llamada vulgarmente cruz de S. Andrés), la INMMISA o latina (con un saliente por arriba en el palo vertical). Jesús fue crucificado en esta última, según información de Mt 27,37: “el título de la cruz estaba por encima”.

suelo. Por medio de cuerdas lo levantaron hasta fijarlo en el palo vertical. Después le ataron los pies y se los clavaron.

Y en esta posición incómoda, convertido en espectáculo, tuvo lugar una lenta agonía entre espasmos musculares y síntomas de ahogo. Sufrimiento atroz. Para los judíos, quien muere en la cruz es un maldito de Dios (Cfr. Deut 21,22-23; Gal 3,13). “La muerte en la cruz, símbolo de la criminalidad castigada y de la tortura más cruel, es la desacralización más radical de la persona humana”³⁷. Al condenado se le iba apagando la vida en medio de comentarios hirientes, burlas e irrespeto a su dignidad.

Hacia la hora nona (15h00) murió Jesús: “Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: ‘todo está cumplido’, e inclinando la cabeza entregó el espíritu” (Jn 19,30). Mateo y Marcos describen que la muerte de Jesús generó una serie de fenómenos: “se rompió la cortina del templo, tembló la tierra y las rocas se hundieron” (Mt 27,51-53). También se describe la confesión del centurión que reconoce la inocencia de Jesús y lo injusto de su condena (Mt 27,54; Mc 15,39; Lc. 23,47-48).

Los judíos, como era día de Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado rogaron a Pilato que les quebrara las piernas y los retirara. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado. Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las pernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua, para que también ustedes crean. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: No se le quebrará hueso alguno³⁸. Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron (Jn 19,31-37).

Con la muerte de Jesús queda la sensación de que termina un proyecto salvador; y de que estamos ante la muerte de un ‘iluso’ que no logró alcanzar su objetivo. Los evangelistas transmiten, de diferentes modos, un sentimiento angustioso de fracaso (Cfr. Mt 27,57-61; Lc.

³⁷ FABRIS Rinaldo, op. cit., p. 257.

³⁸ Les aplicaron el Crurifragium, es decir les quebraron las piernas a los dos malhechores, con el fin de acortar sus padecimientos, puesto que, en ocasiones, los crucificados solían permanecer hasta dos y tres días pendientes de su cruz. Con la rotura de las piernas, la muerte era rápida, ya que al fallar el sostén de los huesos, se descolgaba la caja torácica y producía la muerte por asfixia. Cfr. DE SOBRINO José A, op. cit., p. 883.

24,13-21). De la escena del soldado que golpea su costado, Juan saca un sentido profundo, citando dos textos del AT: Ex 12,46 y Zac 12,10³⁹.

Pero, allí no terminó la historia. El Señor Dios eligió revelarse plenamente a través de su Hijo Jesucristo, de tal manera que la mente humana pueda comprender la verdad esencial del ser infinito de Dios (Rom 1,19-20). "A Dios nadie le vio jamás, sólo su Hijo primogénito, que está en el seno del Padre, lo ha dado a conocer" (Jn 1,18). Llegamos a conocer el amor de Dios, "porque Él dio su vida por nosotros" (1Jn 3,16). "En esto se mostró el amor de Dios con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él" (1Jn 4,9-10); "Mas Dios muestra su amor con nosotros, en que siendo pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom 5,8).

Dios declara su amor en la cruz de Jesucristo y es necesario no cuestionar esto. La última imagen del amor de Dios, es la cruz de Jesús. Pero, ¿por qué esa demostración de amor? "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2Cor 5,19). Cada juicio justo de Dios contra el pecado, fue quitado por Cristo en la cruz.

El pecado no es una cosa fugaz o un pequeño problema con Dios. Es el rechazo al amor de Dios y por ello tiene repercusiones, consecuencia del pecado fue la cruz en la que mataron a Jesucristo.

Jesús es el Cordero inmolado que manifiesta el amor que Dios ha tenido al ser humano desde su misma creación. El amor de Dios no ha disminuido. Dios ha demostrado perfectamente su amor al hombre pecador. La cruz es la perfección de Dios y la revelación definitiva de su amor. En ese sentido, "...la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros pecadores, murió por nosotros" (Rom 5,6-8).

Con la muerte de Jesús en la cruz, Dios alcanza definitivamente la reconciliación del hombre pecador con Él, ya que "todos nosotros como ovejas erramos, cada una marchó por su

³⁹ Con el paso del tiempo este episodio dio lugar a diversas reflexiones: los místicos identificaron el agua con el bautismo, y la sangre con la eucaristía; san Agustín vio en este costado abierto el nacimiento de la Iglesia, que se forma, como una nueva Eva, del costado del nuevo Adán; Los contemplativos desplegaron la devoción del Corazón de Jesús.

camino, y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros" (Is 53,6); "a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación, por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente" (Rom 3,25); es decir su amor misericordioso. "A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él", es decir, hijos de Dios (2Cor 5,21).

El infinito amor, fue revelado en la cruz como acto de salvación, que Dios Padre nos ofrece por medio de su Hijo Jesucristo. En esa muerte "Dios puso como propiciación por medio de la fe, en su sangre, para manifestar su justicia... a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que cree en Jesús y en su obra"(Rom 3,25-26).

La muerte de Jesús (...) fue el efecto final de la confluencia de varios factores que amenazaron siempre como momentos puntuales de peligro. Si tomamos conjuntamente los peligros anteriormente citados, podemos concluir que Jesús pudo contar seriamente con la posibilidad de su muerte violenta. Debemos opinar, incluso, que tuvo que pensar necesariamente en ella a no ser que, en un utópico fanatismo, estuviera convencido de la inminente *basileia* que le libraría de todos los peligros. Su manera excesivamente pública de presentarse y, especialmente, su mensaje, teñido de escatología y apocalipsis, en el que hablaba de la inminencia del Reino, podría haber resultado sospechoso tanto a los romanos como a los dirigentes políticos de su país. Pero su comportamiento y su mensaje se hicieron abiertamente peligrosos porque le colocaron claramente -de manera diversa- en oposición a la jerarquía de Jerusalén y a los fariseos. Teniendo en cuenta todo esto, no cabe sino afirmar que Jesús tuvo presente su posible muerte violenta en su vida, actuación y predicación. Cada día crece la adhesión de la investigación a este planteamiento⁴⁰.

CAPÍTULO III

⁴⁰H. Schurmann, ¿Cómo entendió y vivió Jesús su muerte? Reflexiones exegéticas y panorámica, ediciones Salamanca, Sígueme, 1982, p. 36.

EL DIOS DE JESÚS QUE ANUNCIAMOS HOY

Dado el estudio que hemos hecho en los capítulos anteriores, pretendemos en este último capítulo, hacer una reflexión práctica de nuestro trabajo, pensando en las comunidades cristianas que hoy nos exigen presentar el rostro de Dios Padre tal como lo vivió Jesús de Nazaret, pues en ese Padre es donde se fundamenta el Reino de Dios.

Más allá de las evidencias y de la aceptación plena de la divinidad de Jesús, constatamos que resulta un tanto difícil admitir que Jesús tuvo fe; se suele pensar que Jesús siempre veía y sentía la presencia de Dios. Sin embargo, superada esta disyuntiva y asumiendo una actitud crítica y positiva en este tema, podemos llegar a un conocimiento profundo y real de un Jesús auténticamente creyente, que promovía entre los hombres una nueva fe en Dios Padre.

Aunque el Nuevo Testamento, no habla expresamente de la fe de Jesús, hay numerosos pasajes donde se explicita su actitud de fe: “...*corramos con constancia la carrera que se nos pone, fijos los ojos en Jesús el que inicia y consuma la fe*”(Hb 12,1-2). Este texto presenta a Jesús, como modelo perfecto para los creyentes, porque Él ha llevado la fe a la plenitud de la perfección, experimentándola en su propia vida, y en situaciones humanamente muy difíciles, como tener que elegir entre el gozo y la cruz, pasando por encima de la ofensa y el desprecio.

Jesús es modelo perfecto de perseverancia, pues ha tenido que luchar hasta el final para dar plenitud a su actitud de creyente. De este modo, creer en Jesús es fundamentalmente creer en lo que Él creyó, y esperar la liberación que Él esperó y alcanzó. La fe de Jesús enfrenta al hombre con la realidad "Dios" en la que creyó y con los dioses oficiales a los que se opuso. Jesús es el camino que nos lleva a creer en Dios, como Él creyó, y a ser de Dios, como Él lo fue.

Jesús fundamenta su poder en la fe que le anima, fe que es ilimitada⁴¹. Por eso puede curar a un niño, porque "*...todo es posible para quien cree*" (Cfr. Mc 9,19-23).

Esta actitud fundamental, que en la Biblia se llama "fe", es ciertamente la actitud fundamental que define lo más íntimo, personal y típico de Jesús. Él se entrega incondicionalmente a su Padre y acepta sus planes en un clima de confianza y abandono, aún en sus momentos de mayor oscuridad. Jesús superó siempre la tentación de apoyarse en sí mismo o en los demás, poniendo su fe y su confianza total en su Padre Dios.

Los relatos bíblicos nos dejan entrever que Jesús no tuvo, desde el comienzo, una idea clara de la voluntad de Dios, es decir, de la forma de construir el Reinado de Dios. Podemos decir que Jesús pasó por un proceso de "conversión", no tanto como el discernir entre el bien y el mal, sino más bien, sobre su auto-conocimiento y misión, en sintonía con la voluntad de su Padre. Para ello se sirvió de una constante oración, desde la cual leía las raíces culturales de su pueblo, iluminado por el amor de su Padre. Por eso podemos decir que toda la vida de Jesús estuvo centrada en Dios Padre.

3.1 EL ROSTRO DE UN DIOS ORIGINAL

El contexto en que Jesús hace su anuncio, está dominado por la espera escatológica del Reinado de Dios. Pero, la concepción de Reino de Dios no era uniforme, sino que se diversificaba según las corrientes del judaísmo. Pese a que Jesús conocía de todas estas opciones para construir el Reino, optó por una concepción original: hablar de un Reino de Dios Creador y Compasivo.

Los Evangelios nos da a conocer originalmente la manera cómo Jesús concibió el Reino de Dios, teniendo en cuenta dos razones: (1) el concepto que Jesús tiene de su Padre, es fruto de su singular cercanía con Él, y de ninguna otra fuente o tradición; y (2) la soberanía de Dios (Reinado de Dios) que Jesús anuncia, no es otra cosa, que la que Él mismo experimenta.

⁴¹ Fe aparece aquí en sentido bíblico, como confianza absoluta en la presencia de Dios en situaciones humanas desesperadas. Véase Mt 9,1-8; Mc 5,21-43; 10,46-52; 7,24-30; Mt 9,27-31; Lc. 17,11-19; etc.

En consecuencia, la misión de Jesús al anunciar el Reino de Dios, tiene su origen en su experiencia de Dios como Padre; su contenido está determinado por esta experiencia; de allí que el anuncio del Reino de Dios, sea precisamente la revelación de Dios mismo en la existencia de los hombres creados a su imagen y semejanza.

La posibilidad de conocer a Dios no depende de la acción humana, pues Dios siempre se nos escapa de la mano; lo maravilloso de los relatos bíblicos, es que Dios mismo se acerca al hombre de tal manera que se deja “conocer”. Esto es lo que ocurre en el misterio de la Encarnación: Dios acontece a plenitud en el hombre Jesús, habitando en él de manera singular, definitiva e irreversible.

3.2 ¿PARA QUÉ JESÚS ANUNCIA AL DIOS DEL REINO?

Es comúnmente aceptado que históricamente Jesús, se comprometió con un movimiento que anunciaba la conversión (Cfr. Mt 4,17; Mc 1,14). Jesús, sin duda, tuvo una clara convicción de que el hombre no se enderezaba, ni vencía su pecado si no se ponía en la órbita de la voluntad de Dios, si no aceptaba su soberanía y se acogía obedientemente a ella.

Así pues, el anuncio del Reino de Dios por Jesús, tiende definitivamente a combatir el pecado, eliminarlo y liberarnos de su dominio. Ello implica que Jesús poseía una concepción clara de lo que era el pecado, no como concepto abstracto, sino como acontecer humano contrario al acontecer de Dios.

Es significativo el texto de Mc 7,14-23, para entender la idea que Jesús tenía del pecado como acontecer ligado a la interioridad del hombre: "... No es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que contamina al hombre", "...Porque del corazón salen las intenciones malas, asesinato, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias" (Cfr. Mt 15,10-20).

De este texto se desprende que los hechos pecaminosos son el resultado de una torcedura profunda que sucede al interior del hombre, y es allí donde se ubica el pecado. Jesús, como lo hará después Pablo, distingue entre ‘pecados’ y ‘Pecado’ como acontecer torcido del hombre.

Teniendo clara la idea de Jesús, cuando anuncia el Reinado de Dios y lo que Él entiende por torcedura interna, entonces es fácil comprender cuál es el tratamiento que le quiere dar al pecado para eliminarlo. Es basado en la soberanía de Dios, que se acoge dócilmente, como se puede contrarrestar y erradicar el Pecado del corazón humano. En otras palabras, Jesús entiende que el pecado es una situación compleja que no se domina sino con la soberanía del Creador sobre la creatura. Jesús no sugiere formas para reprimir cada hecho pecaminoso, sino que busca eliminar su causa, atacando directamente la torcedura interior a través de la soberanía de Dios Creador, procurando así el enderezamiento radical de hombre.

Así se comprende la importancia práctica que tienen las parábolas de Jesús, en función del acontecer real de la soberanía de Dios. La convicción de Jesús es que la toma de conciencia del acontecer de Dios, hace que el hombre se abra a acogerlo y obedecerlo, al punto de que cada vez más, haya una mayor posesión de la creatura, desplazando así el dominio del pecado como tendencia profunda.

Las parábolas de Jesús, casi siempre modestas comparaciones, describen lo que Él mismo experimenta con diáfana nitidez, esto es, los rasgos característicos del acontecer de Dios en su vida, que lo llevan a tomar conciencia del obrar de Dios Creador y lo disponen al compromiso con la ética humana y cristiana.

Es oportuno señalar lo que significó el anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús, explicado por Él mismo con las parábolas. El Reino de Dios, es la revelación de una nueva concepción de Dios y del hombre, que implicaba la manifestación definitiva de la justicia de Dios. En efecto, Dios crea a los hombres aconteciendo personalmente en ellos y estableciendo su soberanía, haciendo comunidad con ellos en cuanto destinados a ser hijos de Dios.

3.3 LA MISERICORDIA DE JESÚS Y SU ANUNCIO DEL REINO

El reinado de Dios puede entenderse literalmente como el centro de la actividad de Jesús. Porque todo lo demás se ordena en torno a ese punto central. Y no sólo su mensaje, sino también su actividad como sanador y taumaturgo y su imperativo ético⁴².

Esta afirmación de J. Gnilka reflejan lo que pretendían Marcos, Mateo y Lucas al poner en diferentes contenidos sumarios, que son resúmenes del material de tradición que tenían a su alcance, con el propósito de expresar aquello que constituía la actividad esencial de Jesús: *Predicar y curar enfermos*.

Es necesario precisar la distinción entre curar enfermedades y expulsar demonios y señalar la relación que estas actividades tenían con el anuncio del Reino de Dios.

Si se tiene en cuenta la mentalidad judía de la época de Jesús, no es fácil encontrar una distinción clara entre enfermedad y posesión demoníaca. En efecto, muchas enfermedades eran vistas como resultado del pecado, e implicaban la posesión de demonios⁴³. Por lo tanto, no existía mayor diferencia entre curar una enfermedad o hacer un exorcismo. Cuando Jesús curaba un enfermo o expulsaba un demonio, estaba luchando contra el poder del mal en todas sus formas, implantando el acontecer de Dios en las personas, es decir, el Reino de Dios.

Hay un elemento común en los relatos de milagros. En efecto, cuatro relatos tienen una fórmula común que señala la temática dominante dentro de la narración:

- El ciego de Jericó: "¡Hijo de David, ten compasión de mí" (Mc 10,47, par.).
- La mujer cananea: "¡Ten ten piedad de mí Señor, hijo de David!..." (Mt 15,22).
- El endemoniado epiléptico: "Señor te piedad de mi hijo...." (Mt 17,15).
- Los diez leprosos: "¡Jesús, Maestro, compasión de nosotros!" (Lc. 17,13).

Como se ve, todos los beneficiados hacen la misma petición. Así pues, las curaciones son hechas a título de la compasión y misericordia de Dios. Jesús es la misericordia de Dios, la soberanía de Dios aconteciendo; como misericordia, es el amor de Dios que se inclina

⁴² GNILKA, J., *Jesús de Nazaret*, Barcelona, 1993, p. 109.

⁴³ Para ahondar en el tema. Véase JEREMÍAS, Joachim, *Teología del Nuevo Testamento, Vol. 1*, Salamanca, 1977, pp. 115-119; LEÓN DOFOUR, Xavier, *Los Milagros de Jesús*, Madrid, 1979, p. 71.

generosamente al débil, tocando su miseria en su propia carne y lo levanta. En suma, la praxis de la misericordia de Jesús, como el acontecer de Dios, es la presencia misma de Reino de Dios en la historia humana y terrena.

En los relatos de milagros existe una conexión deliberada entre "fe" y "curación" (compasión-misericordia). Parecería a primera vista que el énfasis estuviera en la curación, y que la fe fuese como un presupuesto que garantiza la realización del milagro (Cfr. Mt 8,13; Mc 2,5; Lc. 5,20). Sin embargo, atendiendo al contexto general a lo largo de los evangelios, el énfasis está puesto en la "fe", como acogida al poder misericordioso de Jesús que puede salvar (Mt 9,22; Mc 5,34; Lc. 7,50).

En el Evangelio de Juan, lo sustancial es, mostrar a Jesús como el enviado creíble de Dios Padre. Ahora bien, en este contexto los signos que Jesús hace tienen por finalidad abrir a los presentes a la fe en Dios Padre que lo ha enviado (Jn 2,11-22; 4,48; 6,30-36; 7,31; 9,38; 10,25-38; 11,40-48; 12,37).

Tienen particular relevancia para clarificar el significado de la relación, entre "fe" y "misericordia": la curación del criado de un centurión (Mt 8,5-13 par.); la curación de una hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo y la (Mt 9,18-26m par.).

En el caso del centurión romano, Jesús hace referencia a su fe, antes de que suceda la curación de su criado, diciendo: "...les aseguro que en Israel no he encontrado fe tan grande" (Mt 8,10; Lc. 7,9), lo que debió haber provocado reacción hostil entre los judíos. Ahora bien, por la praxis de Jesús se entiende que el centurión, siendo pagano, se abre a la fe y a la misericordia: "... En las curaciones milagrosas, es importante no sólo la fe de aquel a quien se presta ayuda, sino también la fe de Jesús. Y esto tiene que ver, a su vez, con el reino de Dios. Jesús, al estar abierto para Dios de manera singularísima, demostró una fe singularísima⁴⁴.

Tengamos presente que Jesús no mira si el centurión es pagano o es enemigo de Israel. El testimonio de entrega desinteresada de Jesús rompe las barreras de la cultura y religión del centurión, para dar acogida incondicional a un Dios humilde que acontece y se revela en Él y

⁴⁴ GNILKA, Joachim., *Jesús de Nazaret*, op. cit. p. 164.

compromete a una coherencia de vida con esta fe, así se tenga que purificar la religión y la cultura precedentes.

3.4 LA EXPERIENCIA DE JESÚS ES LA IMÁGEN DE DIOS

Para entender el mensaje y la práctica de Jesús, es necesario partir de la singular vivencia de Dios que tiene Jesús. Para concluir esta tesis queremos destacar algunas de estas experiencias.

3.4 1 Jesús siente a Dios como “Abbá”

Para el judaísmo antiguo, Dios era el Todopoderoso que siempre está por encima de todos. Jesús tiene fe en ello, pues es verdadero israelita. Pero su fe se adentra de tal modo en el ser de Dios que toma características totalmente nuevas.

El respeto a Dios como Señor es un elemento esencial en la predicación de Jesús, pero no es su centro. Para él Dios es, ante todo, Padre. Ya en el Antiguo Testamento se habla de Dios como Padre, pero con Jesús esta paternidad recibe un nuevo acento. Para Jesús, lo principal no es la palabra "Dios", sino los hechos que hacen presente al hombre la realidad "Dios". Él no se enreda en "disquisiciones" teológicas ni oraciones vacías (Mt 6,5-8), ni se sirve de teorías sobre "Dios" para adoctrinar a sus oyentes. Jesús se refería al Padre en situaciones concretas, buscando siempre descubrir los signos de su presencia en el mundo.

Lo original de Jesús, es que invoca a Dios como Padre en circunstancias que exigen una acción liberadora. El Padre rompe toda opresión, incluso la opresión religiosa, por eso Jesús deja de cumplir ciertas normas legales, contrarias al proceso de liberación que exige el Reino de Dios. De allí que su original experiencia de Dios le llevó a un enfrentamiento con los escribas y fariseos que veían en Jesús a un blasfemo que cuestionaba al Dios del Culto, del Templo y de la Ley.

Jesús no anuncia al Dios oficial de los fariseos (parábola del fariseo y el publicano), ni al Dios del templo (parábola del buen samaritano), sino a un Dios que es cercano y familiar, al que se puede acudir con la confianza de un niño. Es Dios que sale al encuentro del amor verdadero, que busca al pecador hasta dar con él, que prefiere estar entre los marginados y

rechazar a los que ocupan los primeros puestos.

Jesús siente profundamente a Dios como Padre bondadoso de todos, en especial con los ingratos y malos, desanimados y perdidos. No se trata del Dios de la ley que hace distinción entre bueno y malo, sino del Dios bueno que sabe amar y perdonar, que corre detrás de la oveja perdida, que espera ansioso la venida del hijo pródigo; el Dios que se alegra más con la conversión de un pecador que con noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse.

Toda la vida de Jesús se apoya en esta nueva experiencia de Dios. Él se siente aceptado y amado de Dios, por lo que acepta y perdona a todos. Jesús encarna el amor y el perdón del Padre, siendo Él mismo bueno y misericordioso. Y es que en tiempos de Jesús se había oscurecido la imagen de Dios, la gente no se atrevía ni siquiera a pronunciar su nombre, por lo cual se dirigían a Dios en tono solemne, acentuando siempre su distancia con los hombres.

Pero Jesús supera y clarifica definitivamente la imagen de Dios, llegando al culmen de dirigirse a Dios como "Abbá". En su oración, Jesús no lo llama "Dios", a no ser que citara palabras textuales del Antiguo Testamento (Cfr. Mc 15,34). Él siempre usa una sílaba aramea: "Abbá", que significa "Papito".

Es la primera vez que encontramos en labios de Jesús esta invocación y es también la primera vez que un judío se dirige a Dios con el nombre "Abbá". Invocar a Dios como "Abbá", constituye una característica segura del Jesús histórico, pues a nadie se le ocurría usar con Dios una expresión tan familiar, vista como una falta de respeto a Yahvé. Y sin embargo, Jesús, en sus oraciones se dirige a Dios diciéndole "Papito querido" (Abbá)⁴⁵.

Pablo conservó la expresión "Abbá", subrayando el hecho insólito del atrevimiento de Jesús (Cfr. Rom 8,15; Gál 4,6-7). La familiaridad de Jesús con su Padre quedó tan grabada, que la invocación "Abbá" se extendió rápidamente en el cristianismo primitivo.

Ahora bien, Jesús conoce otros nombres dados a Dios por el pueblo, como puede verse

⁴⁵ "Abbá", en arameo, sólo aparece en Mc 14,36, pero según los estudiosos, siempre que los evangelistas ponen en griego en labios de Jesús la palabra griega "pater", no están sino traduciendo el arameo "Abbá". Así, pues, son 170 veces las que los Evangelios ponen esta expresión en labios de Jesús.

en varias parábolas: rey, señor, juez, vengador. Pero mantiene esos nombres bajo el arco de la bondad y ternura de Dios "Abbá", Padre querido.

3.4.2 Jesús, imagen de la bondad del Padre

"A Dios nadie le ha visto jamás..." (Jn 1,18). Dios es *"...invisible y único..."* (1Tim 1,17). Pero para sus criaturas, *"...lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras"* (Rom 1,20).

Dios se da a conocer a través de la creación y se manifiesta en los acontecimientos de la historia. Precisamente, el acontecimiento más significativo de la historia es el paso de Jesús por los caminos de Palestina. En Jesús Dios, en cuanto tal, no se hizo visible, sin embargo mostró el único camino que nos puede llevar con seguridad a Él. El mensaje de Jesús consiste en afirmar que nada se adelanta en querer conocer a Dios directamente; la única manera de saber algo respecto de Él es a través de Jesús. Quien está en el camino discipular aprende a conocer a Dios.

Quien contempla con ojos limpios a Jesús, entiende todo lo que se puede entender de Dios en este mundo: *"Él es imagen de Dios invisible Primogénito de toda la creación"* (Col 1,15), *"A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado"* (Jn 1,18).

La atrevida petición de Felipe: *"Señor, muéstranos al Padre y nos basta"* (Jn 14,8), expresa la más profunda aspiración de la humanidad que busca a Dios. Y la respuesta de Jesús asegura que esta aspiración ya puede ser colmada: *"El que me ha visto a mí, ha visto al Padre"* (Jn 14,9). Jesús es el único camino para llegar a Dios: *"Nadie va al Padre sino por mí; si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre"* (Jn 14,6-7).

Es decir, el hombre Jesús es la imagen pura y fiel de Dios invisible. Toda su existencia humana tiende a hacer ver al Padre. En Jesús se manifiesta pleno e irrepetible Dios. Por medio suyo Dios se hace presente entre nosotros, de modo nuevo y único.

Cristo, entonces, es considerado con justo derecho Sacramento del Padre, pues Él, es

Dios de manera humana y es hombre de manera divina. Ver a Jesús es ver a Dios, oír y palpar a Jesús es oír y palpar a Dios (Cfr. 1Jn 1,1). Por eso Jesús puede ser considerado realidad única que expresa lo que es Dios, pues Él asume plenamente lo que en el hombre hay de experiencia de Dios.

En Jesús muerto y resucitado, Dios y el hombre se encuentran en unidad profunda, sin división ni confusión. Por el hombre-Jesús se va a Dios, y por el Dios-Jesús se va al hombre. Jesucristo es el camino que contiene, significa y comunica el amor de Dios a la humanidad. Sus gestos, acciones y palabras son sacramentos que concretizan el misterio de la divinidad: *"Porque hay un sólo Dios, y también un sólo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también"* (1Tim 2,5).

Con lo dicho podemos concluir que Jesús de Nazaret aporta algo nuevo a la experiencia de Dios. En Jesucristo, el Dios de Israel se reveló como Dios de todos los hombres, como Dios que sabe amar y perdonar, pues es un Dios Padre.

Jesús experimenta en su vida la cercanía del amor de Dios y lo comunica con toda sencillez. Él no multiplica palabras e ideas sobre Dios, sino que lo vive y lo da a conocer con actitudes concretas de amor y perdón. Su experiencia es un continuo permanecer en el amor del Padre (Jn 15,10), una participación plena de su vida, conocimiento y obras (Jn 5,19-20).

Entre los rasgos más característicos de Jesús está su compasión con la miseria humana. Al hacerse semejante a nosotros, se solidariza con nuestra debilidad. Los milagros de Jesús son el fruto de una compasión que tiende a aliviar los sufrimientos y refleja una actitud de compasión del Padre por el sufrimiento humano. Son, en último término, expresión de un amor que se acerca a los seres queridos y participa en sus sufrimientos para remediarlos.

Por eso concluimos, que el Dios de Jesús no es insensible ante el dolor humano, sino que quiere libremente ser misericordioso y compasivo. El testimonio de Jesús sobre la compasión, nos muestra que el Padre tiene poder para exponerse libremente por amor, al experimentar el sufrimiento de sus hijos. Veamos algunos ejemplos de lo que decimos:

- Jesús se conmueve en el entierro del hijo único de una viuda, y se acerca a consolarla de manera eficaz (Lc. 7,12-15).

- Se compadece de los ciegos (Mt 20,34). Le duele el hambre de los que van de camino (Mt 15,32): *"Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor"* (Mt 9,36).
- Le duele las enfermedades de su pueblo. *"A desembarcar vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a su enfermos"* (Mt 14,14).
- Siente el dolor de sus amigos, hasta derramar lágrimas: *"Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos, se conmovió interiormente... Jesús derramó lágrimas... se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro"* (Jn 11,33.35.38).
- Lloró ante el porvenir de su patria: *"Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: "¡si también tu conocieras en este día el mensaje de paz! Pero ahora ha quedado oculto a tu ojos"* (Lc. 19,41-42).
- Se entristece por los pueblos galileos que no aceptan la salvación (Mt 11,20-24).

Jesús tiene un corazón sensible al dolor humano. El nunca se presenta haciendo gala de superioridad ni humillando a nadie. Por eso todos los que sufren se sienten acogidos por Él y las multitudes se acercan confiadas. Pobres, niños, pecadores ven en Él, un amigo que comprende. ¡En verdad que en este hombre se manifiesta la bondad y la compasión de Dios!

3.4.3 La alegría de un Dios que sabe perdonar

Jesús viene para conducir a la casa del Padre a los hijos descarriados. Él invita a su mesa a los publicanos, pecadores, marginados y reprobados; los llama a un gran banquete (Lc. 14,16-24). Quizá para nosotros nos sea difícil imaginar la revolución que representó para sus paisanos la predicación de un Dios que quería tener trato con los pecadores. Cada página del evangelio, nos habla del escándalo de la agitación y de la inversión de valores que Jesús provoca cuando llama a la salvación a los pecadores. Sin embargo, cuando le preguntan a Jesús por esta actitud incomprensible, Él siempre responde a través de sus parábolas: Dios es así.

El Dios de Jesús es Padre que abre la puerta al hijo pródigo; es pastor que se alegra cuando encuentra la oveja perdida; es rey que invita a su mesa a pobres y mendigos. Dios experimenta más alegría por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos.

Es el Dios de los pequeños y de los desesperados. Su bondad y misericordia no tienen límites. Así es Dios.

Cuando comprendamos el mensaje de Jesús, entenderemos que debemos construir la salvación no sobre lo que hemos hecho por Dios, sino exclusivamente sobre la Gracia que viene de Dios, que acoge al descarriado que vuelve sin esperanza. Entonces la salvación dejará de ser una meta lejana que debemos alcanzar por nuestros propios medios y se volverá un don de Dios que se realiza aquí y ahora... ¡Es el Reinado de Dios!

Veamos algunos pasajes que hablan de un Jesús que ofrece el perdón de Dios, pues, Él mismo es el perdón visible del Padre, el cordero que muere para borrar nuestros pecados (Jn 1,29) y sanarnos con sus llagas (1Pe 2,24).

En efecto, cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos, en verdad, apenas habrá quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir; más la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo todavía nosotros pecadores murió por nosotros (Rom 5,6-8).

Con diversas parábolas Jesús declara que el Padre Dios goza con perdonar, por ejemplo la parábola del Padre bueno que tiene un hijo pródigo (Lc. 15,11-32), la de la oveja perdida y la dracma perdida (Lc. 15,1-10). Allí aparece una nueva imagen de Dios que contrasta con la ofrecida por la religión oficial judía. Así es Dios, la salvación de los hombres, le pertenece; su andar errante le ha dolido y Él se alegra con el retorno a la casa del Padre.

Así presenta Jesús el comportamiento de Dios con los pecadores que oyendo su llamada se encuentran a sí mismos y encuentran el camino para volver a Él. Para Jesús el arrepentimiento parte de la fe en la bondad de Dios. Es decir, arrepentirse es escuchar la voz bondadosa del Padre y buscar volver a la casa del Padre.

El Dios de Jesús es Padre que abraza y perdona al hijo descarriado que vuelve a casa después de malgastar su vida. Y no le exige ni siquiera una promesa de arrepentimiento y corrección. Es un Dios "loco" que perdona a la mujer adúltera sin exigirle promesas de enmienda. Este es un Dios contrario a la religión oficial, pues no acepta al fariseo que llena su vida con limosnas y rezos, en cambio declara grato al publicano que, lleno de vergüenza, sólo repite su miseria.

Todo ello sólo se entiende si aceptamos que el Dios de Jesús es el Dios del amor. Él sabe que con el perdón comienza a germinar una nueva vida en sus hijos.

3.4 4 Jesús enseña que Dios es Padre Nuestro

Jesús no sólo invoca a Dios como “Abbá” suyo, sino que además nos enseña a mirar a Dios como Padre de todos. Necesitamos crecer en la fe y en la esperanza para poder repetir con Jesús: “Padre Nuestro”. Si Él no nos hubiera enseñado, jamás habiésemos podido exclamar: ¡Padre querido! La enseñanza de Jesús nos hace herederos de la esperanza, pese al mundo de injusticias que nos oprime.

Hoy como ayer, a veces se hace difícil ver a Dios como Padre. La injusticia, marginación y explotación nos rodean. Pero es, en este mundo lleno de guerras y discordias, donde Jesús quiere hacernos entender la bondad del Padre. Por eso entrega a sus discípulos la oración del Padrenuestro como resumen de su predicación. Y al darnos esta oración, nos da el poder de decir: “¡Abbá querido!” que “...*hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos*” (Mt 5,45).

La novedad está en la experiencia de Jesús, de que Dios es Padre que cuida con un corazón sensible, con los ojos puestos en el sufrimiento y con los oídos atentos al clamor de sus hijos. El hombre es el centro del amor entrañable de Dios. Con confianza podemos entregarnos a sus cuidados de “Abbá”. Venga lo que venga, Dios siempre querrá nuestro bien (Rom 8,28-39): “Y como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: “¡Abbá, Padre!”. De modo que ya no eres esclavo, sino hijo...” (Gál 4,6-7); “Y vosotros no habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: “¡Abbá Padre!” El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rom 8,15-16).

Siempre que gritamos “Abbá”, proclamamos nuestra seguridad: somos realmente hijos suyos. Se trata de una filiación siempre animada a la libertad y a la responsabilidad, tal como la vivió Jesucristo (Cfr. Ef. 4,14-15; 1Cor 14,20).

Quienes comienzan a vivir los valores del Reino, desde ya tienen a Dios como Padre y desde ahora tienen la condición de hijos. El don de ser hijos de Dios marca un sello especial en la vida de los discípulos de Jesús. Lo podemos ver en tres aspectos:

- Ser hijos da la certeza de participar en el triunfo del Reino. Los hijos saben que la voluntad del Padre es que ninguno se pierda (Cfr. Mt 18,10.14; 7,9-11), sino que participen de la gloria de Dios: *"No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino"* (Lc. 12,32).
- Ser hijos de Dios no sólo da confianza en el más allá, sino también seguridad en la vida diaria. El Padre sabe lo que sus hijos necesitan (Mt 5,45), y a los más pequeños, es a quien más protege. Por ello no hay que angustiarse ante los problemas diarios (comer, beber, vestir): *"...ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os dará por añadidura"* (Mt 6,32-33).
- La fe en el Padre da valor para aceptar su voluntad en momentos difíciles. Cuando uno se sabe hijo de Dios, el sufrimiento aparece con luz nueva: ¡no es castigo de Dios! (Lc. 13,1-5; Jn 9,2). El sufrimiento se ve como una llamada a la conversión (Jn 9,3; 11,4); sufrir por el Reino de Dios es un motivo de gozo (Mt 5,11-12; Lc. 6,23).

Para terminar este apartado, digamos que la fe en el Padre nos hace hermanos. Puesto que Dios es verdadero Padre, Él quiere de nosotros un amor eficaz que se trasluzca en el amor entre hermanos. El verdadero servicio a Dios tiene que ser un servicio al hermano; quien se sabe amado por Dios y quiere corresponder a ese amor es llamado por Jesús a hacer lo que Dios hace: amar a la gente. Es imposible amar a Dios, sin amar concretamente a aquellos a quienes Dios ama.

Dios Padre vive en el hombre que es capaz de descubrir en el otro a un hijo de Dios y hermano suyo. Para Jesús, Dios emerge en la vida de relación con los otros. Cada hombre vale más que todo (Mt 6,26), es más importante que la observancia del sábado (Mc. 2,27), el culto (Lc. 10,30-37), el sacrificio (Mt. 5,23-24; Mc 12,33) o la observancia de la Ley (Mt. 23,23). Por eso Juan une maravillosamente amor al prójimo y amor a Dios (1Jn 4,19-21).

Como consecuencia, nace un nuevo tipo de comunidad de hermanos, reunida en torno al Hermano mayor que es Jesús. Todos somos hijos en el Hijo, animados con la misma exclamación del Hijo Jesús; ¡Padre Nuestro!

“Queridos amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4,7-8).
“Queridos, si Dios nos ha amado de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros”, “... y todo el que ama aquel que da el ser amará también al que ha nacido de él” (1Jn 4.11; 5,1).

3.4.5 La victoria de Dios en Jesús

Jesús nos ha mostrado, con su vida y su palabra, el amor sin límites del Padre Dios. Cumplir la voluntad de su Padre es el ideal de su vida. El Reino de Dios es el centro de su predicación. Pero contrariamente a lo que se podía esperar, murió ajusticiado y preguntando: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"* (Mc 15,34). ¿Abandonó Dios a Jesús? ¿Fue la muerte más fuerte que su fe y su amor? ¿Sería la muerte la última palabra de Dios sobre el destino de Jesús? ¿Qué queda de su pretensión de conocer al Padre y ser amado como Hijo?

A pesar del fracaso humano y de su brutal soledad, Jesús clamó la más impresionante fórmula de fe: *"Padre, en tus manos pongo mi espíritu"* (Lc 23,46). Moría esperando en Dios. Fue entonces cuando el Padre dijo la última palabra: un SI rotundo a la vida y predicación de Jesús.

La muerte puso fin a la comunión entre los discípulos y el Jesús histórico. Los discípulos se desanimaron y en cierto modo abandonaron al Maestro. Pero unos días después, ellos mismos anunciaron, sin miedo, que Jesús había resucitado: *"...vosotros le matasteis clavándole en la cruz por manos de unos impíos; a éste Dios le resucitó librándolo de los lazos del hades..."* (Hch 2,23-24)... *"Matasteis al Jefe que lleva a la vida, pero Dios le resucitó de entre los muertos "* (Hch 3,15).

“a este, Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo sino a los testigos que Dios había escogido de ante mano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos” (Hch 10,40-42)... “Sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que ha sido por el nombre de Jesucristo el Nazoreo a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos” (Hch 4,10a).

Por esto que confesamos, podemos decir que la Resurrección confirma la verdad del Dios de Jesús: los dioses de la opresión matan a Jesús, pero el verdadero Dios lo resucita. Los discípulos afirmaban que la cruz no fue el final de su vida: Él ha sido exaltado a la gloria del Padre. De esta manera afirman que su causa fue verdadera, y que aquello de lo que Él hablaba, el Reino de Dios, no puede ser entendido sin Jesús. Puesto que Cristo triunfó, ha de triunfar también el proyecto por el cual, Él entregó su vida.

Por la resurrección Dios se muestra fiel a Jesús; es el Padre que no abandona al Hijo, sino que lo acoge; es Dios quien triunfa sobre la injusticia y la muerte resucitándolo (Cfr. Hch 2,23). Dios muestra su poder sobre la muerte de aquel que “...resucitó de entre los muertos a Jesús Señor Nuestro” (Rom 4,24b), “... que da vida a los muertos y llama a la cosas que no son para que sean” (Rom 4,17b).

3.5 Dar la vida por los hermanos es reflejar el amor de Dios

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos ha amado de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros...si nos amamos los unos a los otros, Dios mora en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a la perfección (1Jn 4,10-12).

Nuestro amor a Dios es una respuesta a la manifestación suprema del amor de Dios en Cristo; es una respuesta a nuestra verdadera identidad como criaturas hechas a su imagen. Ese es el fundamento para explorar el qué y cómo de nuestro amor a Dios. Hay que tener presente que nuestro esfuerzo de amor, siempre es reacción al Otro que actúa primero. Este es el mensaje coherente del NT.

Curiosamente, (1Jn 4,7-21), ofrece una reflexión completa sobre el amor de Dios: “*En esto se manifestó entre nosotros el amor de Dios; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él* (1Jn 4,9).

Pablo identifica el envío del Hijo de Dios y su obediencia a la cruz, como una demostración del amor de Dios a la humanidad y a la creación. En Cristo podemos ver el amor de Dios de

manera concreta. Para Pablo, este suceso, define lo que es el amor en esencia. Por tanto, el amor de Dios en Cristo sirve como criterio para evaluar nuestro amor a Dios y al prójimo.

Un elemento del amor que es esencial, es mostrar respeto total por el otro. El amor procura no forzar al otro sino ganarlo. En Cristo, Dios se arriesga y se hace vulnerable; de hecho muchos rechazan el amor de Dios, pero Él no obliga a aceptar a Cristo, sino que sólo invita. El amor nos hace vulnerables y procura lograr la reconciliación a través de la paciencia y el servicio, en vez de la coerción. En Cristo, Dios se ofrece a sí mismo, hace provisión para la reconciliación, invita al otro, pero a fin de cuentas la persona tiene libertad para aceptarlo o rechazarlo. Cuando uno respeta la libertad del otro, se hace vulnerable, se arriesga al rechazo. La estrategia del amor es ganar la confianza del otro en vez de obligarle por fuerza.

Amor para Dios y amor para el prójimo van de la mano, como bien sabemos del gran “mandamiento” y de los textos de la primera carta de Juan. De hecho, hay una correspondencia directa entre el amor a Dios y el amor al prójimo. No podemos ser dualista a este respecto. Si estoy mal con el hermano, entonces afecta directamente a mi relación con Dios.

Dios me ama a mí y a mi prójimo. Ama a los dos igualmente. En principio, debemos amar a Dios porque somos criaturas suyas, destinatarios de su amor. Si odio al prójimo, aborrezco a alguien a quien Dios ama igual que a mí. No puedo reclamar los beneficios del amor de Dios y tratar al otro como si no mereciera el mismo beneficio. En otras palabras no es posible tener una relación exclusivista con Dios y al mismo tiempo negar el amor al prójimo.

En resumen, mi amor al prójimo tiene dos fundamentos. Primero, los dos somos creados a imagen y semejanza de Dios, y segundo, Dios ama a los dos igualmente. En ambos casos Dios es el protagonista y nosotros respondemos a la iniciativa divina. Mi vínculo con el prójimo procede de Dios, y por eso no es de elección mía. Mi relación con el prójimo es a la vez un aspecto intrínseco de mi relación con Dios. Estamos metidos en un triángulo de amor.

Ahora bien, ¿puedo hacer una distinción entre prójimo creyente y no creyente? Pablo, en Gal 6,10 sostiene: “Por tanto, mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, pero especialmente a nuestros hermanos en la fe”.

Dios ama al creyente y al no creyente igualmente. La escritura es clara: Dios no hace acepción de personas. La diferencia es que los creyentes reconocen y aceptan el amor de Dios en Cristo. El amor que se debería vivir dentro de la comunidad de fe, sirve como testimonio visible del amor de Dios para todos. Es un tipo de anuncio que el evangelio proclama e invita a la respuesta adecuada. No es un club excluyente de los santos, sino una comunidad abierta, que invita, por su vivencia real del amor de Dios. Para usar otra metáfora, la comunidad de fe, es un oasis de agua viva y de vida, en el desierto de la miseria y de la desintegración humanas.

Dios me crea, me ama y me redime. ¿Cómo puedo responder adecuadamente? El gran mandamiento da la respuesta: ama a Dios y al prójimo. Juan lo expresa así: *“Y nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor: y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él”* (1Jn 4,16).

Nuestro amor a Dios es esencialmente una respuesta, por tanto, la clave para discernir la réplica adecuada es, recordar quién es y cómo es Dios, y qué ha hecho en favor nuestro. La acción de gracias se fundamenta en estas realidades y por eso sirve como un enfoque de nuestro amor.

Cuando amamos a Dios estamos afirmando que somos criaturas hechas a su imagen y semejanza, y toda exigencia fluye de esta relación. Donde mejor vivimos el amor a Dios diariamente es, en la íntima y profunda relación de Dios Creador con el prójimo, nuestros hermanos.

CONCLUSIONES

Luego de haber terminado este trabajo de investigación, fundamentación y argumentación, bíblico-doctrinal y pastoral, en torno la pregunta, “¿Quién es el Dios de Jesús?”, motivo de esta disertación, podemos fácilmente concluir diciendo lo siguiente:

- Jesús vivió y sirvió en una experiencia profunda de Dios y anunció con pasión su reinado, y por esta razón, murió en la cruz. Como ser humano se vio confrontado con la necesidad de dar sentido a su vida. Ese sentido fue para él, sin duda alguna eminentemente religioso, y lo expresó categóricamente diciendo que no existe un absurdo, sino algo positivo, algo bueno y personal, existe un Dios, a quien él llamó “¡Abbá Padre!”.

En los evangelios encontramos, que no hay lugar a dudas, en cuanto se refiere a la experiencia que Jesús tuvo de Dios. Él lo presenta como algo central en su vida. Jesús lo buscó y entabló un diálogo cercano y amoroso con Él. ¿Qué pensó Jesús acerca de Dios?, ¿qué experiencia tuvo?, ¿quién fue Dios para Él? La naturaleza del asunto es verdaderamente muy complicada, puesto que Dios es la realidad más difícil de ponerla en palabras, incluso es más que la utopía del Reino; ya que es difícil, aunque no imposible, adentrarse en la sicología de Jesús. Sin embargo, la relación de Jesús con Dios causó honda impresión en la gente y en sus discípulos, y de ello los evangelios han dejado señales importantes.

Dicho esto, podemos entonces indagar, las nociones que tuvo Jesús de Dios, que vienen del AT, y las organizamos según el contenido de la realidad de Dios:

- a) Jesús hace uso de la tradición *profética* sobre Dios, según la cual Dios aparece como defensor de los oprimidos y débiles, actuando en contra de la injusticia que las produce y con la promesa de una utopía de que vida y justicia son posibles. De esta tradición proviene la visión de un Dios que se relaciona con la creatura, que exige conversión personal e interior del hombre, que suscita en él la vocación de profeta y a quien es capaz de exigirle todo, hasta su propia vida.

- b) Jesús aparece influenciado por las tradiciones *apocalípticas* que ponen de relieve el futuro absoluto de Dios con el énfasis en que Dios mismo, y sólo él transformará la realidad y que lo hará al final de los tiempos, pues el tiempo presente no puede recibir a Dios. También esta tradición se relaciona con la del Dios del Reino, por lo que tiene la inminente expectativa de la llegada del fin que será la transformación total y absoluta de la realidad.

- c) Jesús hace uso de las tradiciones *sapienciales*, en las cuales el énfasis está en un Dios creador y providente, que cuida de sus creaturas y vela por sus necesidades cotidianas, que permite que en la historia crezcan juntos buenos y malos, dejando para el final el impartir justicia. Esta tradición se relaciona, en directo, con la visión de un Dios creador-providente, y al mismo tiempo se diferencia de la visión escatológica del Dios del reino.

- d) Jesús, por último, hacia el final de su vida se vincula, en lo que podemos llamar las tradiciones *existenciales* (presentes en toda teodicea) acerca de Dios. Son las tradiciones de las lamentaciones de Jeremías, del Qohélet, de Job, cuando de Dios sólo se escucha su silencio. Esta tradición sólo esporádicamente aparece en el Antiguo Testamento. En sí misma es distinta y aun contraria a la del reino; aparece con mucha claridad, aunque de diversas formas, en los evangelios. Jesús afirma que Dios es trascendente porque es creador (Mc 10, 6; 13,19) y sobre todo por su soberanía absoluta: Dios tiene poder sobre la vida y la muerte y puede hacer que cuerpo y alma perezcan en el infierno (Mt 10,28), su nombre debe ser respetado y no se debe jurar por él (Mt 5,33-37; 23,16-22), ante él, el hombre es siervo (Lc. 17,7-10), esclavo (Mt 6,24;

Lc. 16,13). Jesús por tanto, recalca la trascendencia de Dios (Mt 11,25).

De esta forma, Jesús rompe una visión tradicional y reduce la distancia entre Dios y la creatura. Jesús afirma que la trascendencia de Dios se hace específicamente presente, al quebrar esa noción de trascendencia. El distante se hace cercano.

- Jesús, es un hombre en actitud orante. Aunque el hecho de que Jesús oraba no es lo único, ni siquiera lo más importante para mostrar su relación con Dios, sí nos muestra que Él se dirigía a Dios de manera especial.

Como judío piadoso que era, Jesús oraba; así lo confirman los evangelios, que muestran a Jesús bendiciendo la mesa (Mt 15,36; 26,26); observando el culto sabático y orando con la comunidad (Lc. 4,16).

Pero más importante que este tipo de oración para conocer al Dios de Jesús, es su oración personal, y de ella también hablan los sinópticos. Según éstos, toda la vida de Jesús se realiza en un clima de oración. En Lucas, su vida pública comienza con una oración (3,21) y en todos los evangelios su vida termina con una oración, interpretada como oración de angustia, esperanza o paz, pero oración de explícita relación con Dios (Mt 27, 46; Mc 15,34; Lc 23,46; Jn 19,30). El comienzo y el fin de su vida tiene alusiones a la oración: Jesús ora en momentos importantes: antes de elegir a los doce (Lc. 6,12s), antes de enseñar el Padrenuestro (Lc. 11,1), antes de curar al epiléptico (Mc 9,29); ora por personas concretas: Pedro (Lc. 22, 32), sus verdugos (Lc. 23, 34).

El hecho de que Jesús oraba está, pues, asegurado. Aunque los pasajes citados estén coloreados teológicamente, sobre todo en Lucas, influenciados por la situación de las comunidades. Pero no se puede dudar de que Jesús causara honda impresión como orante. Y sobre este hecho hay que reflexionar para conocer al Dios de Jesús.

Ahora bien, los evangelios no presentan a Jesús como orante ingenuo, como si no conociese los peligros a los que está sometida la oración, y condena, más bien, muchos tipos de oración.

Jesús condena la oración mecánica: “Y, al orar, no charléis mucho, como los gentiles que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis como ellos porque vuestros Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo” (Mt 6,7s). Hay innumerables formas de viciar la oración: narcisismo, vanidad e hipocresía, palabrería, instrumentalización alienante y opresora, etc. Jesús no fue ingenuo respecto a la oración. Sabía que todo lo que hacemos los seres humanos está también sujeto al pecado, también la oración. Por ello, denuncia el vicio de una oración hipócrita ante Dios, y no dejar que Dios se ponga ante uno.

Recordemos que Jesús dedica su vida al servicio, lo cual exige actividad y reflexión; sin embargo, también lo pone en palabra, lo “anuncia”, lo cual es distinto a la práctica, la reflexión y la doctrina.

¿Cómo se puso Jesús concretamente ante Dios?, ¿La oración es lo que iluminará la realidad de su Dios? Analicemos dos oraciones de Jesús:

- a) “En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: “yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños” (Mt 11,25; Lc. 10,21). Esta es una oración de alabanza y acción de gracias, cuya formulación se comprende mejor en el trasfondo apocalíptico de la comunicación de la revelación (Dn 2,20-23), cuyo contenido es el Reino de Dios (Dn 2, 44).

Jesús da gracias al Padre, porque son precisamente los pequeños los que han comprendido. Esta realidad es la que aflora en la conciencia de Jesús y la pone en palabras ante Dios. Se ha hecho posible lo que parecía imposible. Y de esa oración de Jesús se desprende quién es Dios para él. Es un Dios con una voluntad absoluta: “Sí,

Padre, pues tal ha sido tu beneplácito” (Mt 11,26), es un Dios bueno y amoroso con los pequeños. La reacción de Jesús ante Dios es, alegrarse de que Dios sea así y de darle gracias. En un momento denso de sentido, esta oración recoge, pues, la experiencia que Jesús tiene de su Dios y la expresa en gozo. Y a la inversa, de ese gozo se puede colegir lo que Dios es para Jesús, aquello que produce gozo porque es bueno, alguien en quien se puede verdaderamente confiar y llamar “Padre”.

- b) “Adelantándose un poco, cayó a tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora y decía: ‘¡Abbá, Padre!’. Todo es posible para ti. Aparta de mí este cáliz, pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú” (Mc 14,35s; Mt 26, 39; Lc. 22,41s). Este pasaje de la oración de Jesús en el huerto, tal como lo transmite Marcos, es una composición, pero el núcleo de la escena y de la oración está históricamente asegurado, pues “el escándalo cristológico suscitado por la perícopa hace muy difícil que podamos considerarla como inventada libremente”. El núcleo original consiste en que Jesús expresa su conciencia de que va a ser entregado a la muerte, que su alma está triste y que pide al Padre que lo libere de esa hora.

La oración está, pues, históricamente situada: proviene de los riesgos que Jesús ha corrido con su práctica y desemboca en la decisión de asumir su propia muerte. Es situación de crisis y de suma crisis, y en esa situación, Jesús va a la oración y en ella expresa la totalidad del sentido de su vida. Pide que Dios “haga llegar su Reino sin que lo preceda el sufrimiento”, pero, en definitiva, Jesús hace entrega del “yo” a Dios. Ese “yo” que en los evangelios ha aparecido como fuente de suprema autoridad ante la ley, el “yo” que envía a la misión, el “yo” que ha sanado enfermedades y expulsado demonios, ese mismo “yo” es el que ahora se entrega a la voluntad del Padre.

En esa oración sigue resonando el “*Abbá*”, como en la anterior oración de júbilo, pero lo que esta oración muestra, en directo, no es la confianza de Jesús, sino su total disponibilidad. Dios permanece como el misterio insondable para Jesús y Jesús lo deja ser Dios.

- La confianza de Jesús, es única y plena en un Dios que es Padre. Esta confianza queda bien atestiguada en los evangelios, aunque, en último término, no es analizable de dónde proviene esa confianza. Pero esa confianza es real y lógica, porque para Jesús, Dios es realmente bueno, lo cual ha quedado plasmado en la expresión con que él se dirige a Dios: “*Abbá*”.

Decir que para Jesús, Dios es “algo bueno” puede parecer un mínimo, pero es sumamente importante. Significa que lo último que define a Dios no es su poder, como entre los paganos, ni su pensamiento, como en Aristóteles, ni su juicio, como en Juan bautista, sino su bondad. Jesús está convencido de que Dios es bueno con él y de que es bueno con todos los hombres. En las palabras ya citadas de Karl. Rahner, que Dios ha roto para siempre la simetría de ser posiblemente salvación o posiblemente condenación. Dios es, por su esencia, bondad y salvación para los hombres.

Esto lo vamos a analizar a partir de las palabras de Jesús sobre Dios y su actitud hacia él, y también a partir del propio comportamiento de Jesús, sólo explicable desde esa experiencia del Dios bueno:

- a) *La bondad de Dios*: Nada hay en la vida de Jesús que mostrase a Dios y a los seres humanos en competencia o que mostrase a Dios celoso del bien de los seres humanos. Dios es celoso, y muy celoso, de los otros dioses, pero no es celoso de los hombres, sino absolutamente todo lo contrario.

Según Jesús, los seres humanos son lo más importante para Dios y nada hay más importante que ellos, la causa del hombre, es la causa de Dios. El hombre es más importante que todas las cosas (Mt 6,26) y nada creado puede ser usado en contra del hombre, ni siquiera lo que convencionalmente se presenta como servicio a Dios. De ahí las tajantes afirmaciones sobre que el hombre es más decisivo que el sacrificio (Mt 5, 23s; Mc 12, 33), inequívocamente superior al sábado (Mc 2,23-27 par). Dios aparece como quien no tiene derechos en contra del hombre, sino que los derechos suyos son los que favorecen al hombre. Dios es bueno y está por esencia en favor de los hombres.

Más adelante, en la cruz de Jesús, habrá que decir incluso que Dios está a merced de los hombres, pero ni siquiera ese riesgo le impedirá desdecirse de su realidad original: ser bueno para los hombres; y desde aquí hay que entender lo central de la enseñanza y de la propia vida de Jesús.

En el sumario de Hch 10,38, se dice de Jesús que “pasó haciendo el bien”. Y desde aquí hay que entender las palabras de Jesús a todos los seres humanos: “Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,48); “Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo” (Lc. 6,36). Jesús no tiene nada mejor, que ofrecer a su Dios. La lógica última actuante en Jesús, pensamos, no consiste tanto en presentar a Dios como quien exige el cumplimiento de un mandato: “sean buenos”, sino en presentarlo como buena noticia: “reproduzcan la bondad de Dios, eso es lo bueno para los seres humanos”.

Dios para Jesús, no sólo es lo bueno para los hombres, sino que su bondad tiene que ser descrita como amor. Sabido que en el Nuevo Testamento, la palabra que traduce el término amor es *ágape*, no *eros*; es decir, un amor que se alegra en el bien del otro y sólo por causa del bien del otro; mientras que *eros* implica también de algún modo la propia gratificación. Juan dirá, en forma absoluta y lapidaria, que Dios es *ágape* (1Jn 4, 8), y eso es lo que en los evangelios afirma Jesús de forma historiada.

Es un amor que, para mostrar su matiz irrepetible, aparece como ternura. Así como Isaías describe a Dios más tierno que una madre, así Jesús lo compara con el padre que sale al encuentro del hijo que se ha marchado de casa, lo acoge, lo abraza y celebra su retomo (Lc. 15,11-31). En el paroxismo, es decir, en su excitación de alegría de que Dios es así, Jesús dice que Dios es bueno “hasta con los malos y los perversos” (Lc. 6,35).

Aquí está, de nuevo, la lógica del “mandamiento” del amor en los sinópticos (Mc 12,28-31; Mt 22,34-40; Lc. 10, 25-28) y del “mandamiento nuevo” en Juan (Jn 13,34-35). Indudablemente, es un mandamiento, y así aparece ya en el decálogo del Levítico.

En la Primera carta de Juan puede leerse también como mandamiento; “Queridos, si Dios nos ha amado de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros”, (1Jn 4, 11). Pero si no necesariamente desde un punto de vista exegético, creemos que estos mandamientos pueden ser interpretados sistemáticamente de manera más profunda: “así es Dios, sean ustedes así”. No es, pues, que el amor sea un mandamiento que Dios impone arbitrariamente, como muy bien lo pudiera no haberlo impuesto. Dios impone lo que él es, y lo “impone” porque eso es lo bueno para el hombre. El “yo soy Yahvé” con que termina el Levítico, la fundamentación del mandamiento “no te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo. Amará a tu prójimo como a ti mismo. Yo Yahvé.” (Lev 19, 18) pueden ser interpretados de esa forma.

- b) *El Dios bueno no es autoritario ni opresor*: La experiencia de la bondad de Dios, hace que, para Jesús, otras mediaciones de la divinidad pasen a segundo plano o sean profundamente alteradas. Dios es absoluto y trascendente, señor y juez, pero no es autoritario ni déspota. Por ello, el mismo Jesús predica y se presenta a sí mismo como servidor y libre.

Jesús se presenta con autoridad, pero sin autoritarismo. Critica a los poderes civiles y religiosos existentes, y enseña, de palabra y obra, que la autoridad es servicio en libertad. El poder, que con tanta frecuencia, en la vida civil, religiosa y eclesial, se hace pasar por mediación de Dios, no lo es para Jesús. Más aún, históricamente se convierte en lo contrario. Por ello, Jesús no sólo afirma que él no ha venido a ser servido, sino a servir (Mc 10, 45); no se deja servir, sino que él mismo es el servidor (Lc. 22, 27; Jn 13, 1-15). A sus discípulos les dice que “...Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos” (Mc 9, 35).

El poder suele ir acompañado del autoritarismo impositivo y de él también se distancia Jesús. Habla con convicción y con autoridad, pero no con imposición. “Jesús no impone, no increpa, ni intimida, y rara vez manda o reprende”. Con frecuencia, Jesús aparece argumentando, apelando a la razón de sus oyentes y hasta de sus adversarios, no imponiendo. De un detallado análisis de textos, J. I. González Faus,

llega a una importante conclusión. El verbo *epitiman*, intimar, cosa tan característica del ejercicio de la autoridad, traduce palabras de Jesús cuando éste se dirige a los demonios, a las fuerzas de la naturaleza, a la fiebre, es decir, a realidades hostiles al hombre; pero cuando traduce palabras de Jesús dirigidas a personas, es para prohibirles que revelen el “secreto mesiánico”, es decir, para impedir que se falsifique su mesianismo. De este uso del lenguaje se deduce que Jesús no habla a la gente imponiendo, ni aparece como autoritario. Jesús ejerce su autoridad evitando la prohibición y disipando el temor.

Y, sobre todo, Jesús supera la imposición y el autoritarismo poniendo por obra lo que él dice, dando ejemplo, como lo ha recogido el evangelio de Juan explícitamente: “les he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (Jn 13, 15). Por lo tanto, no es lícito decir que Jesús aparece en sus exigencias como un señor que ordena, sino más bien hay que decir que él es el amigo que ayuda a los hombres a hacer la voluntad de Dios.

Esta conducta de Jesús presenta una determinada imagen de Dios. No se le puede negar a Dios poder, sin caer en algún tipo de contradicción lógica, pero Jesús niega lo que de opresor y autoritario hay en el poder. Así no es Dios. Por difícil de concebir que parezca a los seres humanos, en Dios, el poder no es la sumisión servil en el hombre, sino su libertad. Ahora Dios aparece como aquel poder que permite al hombre su libertad y su autorresponsabilidad. Podríamos decir que, así como el hombre debe dejar a Dios ser Dios, según Jesús, Dios deja al hombre ser hombre. No que Dios no tenga exigencias para él, a veces fortísimas, pero desea que el hombre las cumpla a la manera humana, con libertad y por convicción, más que por coacción e imposición.

Si nos preguntamos de dónde le viene a Jesús esa visión de Dios, no tenemos argumentos explícitos que ofrecer, pero alguna luz ofrece la concentración en la bondad de Dios que opera Jesús. Para Jesús, la bondad no es sólo una realidad en Dios, sino una realidad en la cual se expresa el mismo Dios y tiene, por ello, fuerza de Dios. Jesús cree que la bondad y la verdad, son fuerzas que cambian y transforman las cosas,

incluso que ejercen una específica intimación para otros cuando aparecen históricamente visibles y palpables. Jesús no excluye en Dios la realidad del poder, pero a éste lo ve primariamente como la fuerza de la bondad y de la verdad.

- c) *La confianza de Jesús: “¡Abbá”, Papito querido!”*: Lo dicho hasta ahora muestra la convicción de Jesús, de que Dios es bueno y de que es bueno que haya Dios. Al nivel de su propia interioridad, Jesús se relaciona con ese Dios bueno con confianza, y eso ha quedado consagrado en el término que usa para dirigirse a Dios: “*Abbá, Papá*”.

En el AT y en el judaísmo anterior existía fuerte resistencia a dirigirse a Dios como Padre. Sin embargo, siempre que los evangelistas transmiten o ponen una oración en boca de Jesús (en 26 ocasiones, con la excepción de Mc 15, 34 par), éste se dirige a Dios llamándolo Padre, lo cual puede ser considerado tanto como muestra de respeto, como de familiaridad. Sin embargo, la relativa ambigüedad del término “padre” se esclarece al constatar que Jesús usa el término arameo *Abbá*, de cuya historicidad no se puede dudar.

Para comprender la significación de que Jesús se dirigiera a Dios con el término “*Abbá*”, hay que tener en cuenta que esta invocación no se encuentra en las oraciones judías, y la razón de ello es que “*Abbá*”, es el término con que el niño se dirigía a su padre. Implica, pues, una gran familiaridad y confianza, y por eso, los judíos no lo usaban. Era algo nuevo, algo único e inaudito, el que Jesús se atreviera a dar este paso hablando con Dios como un niño habla con su padre, con simplicidad, intimidad y seguridad.

De este hecho singular se han sacado consecuencias cristológicas por la discontinuidad con que aquí aparece Jesús con respecto a los demás hombres en la línea del Hijo, lo cual queda subrayado en las varias veces en que Jesús distingue entre “mi” padre y “vuestro” padre, como ya lo hemos visto. Lo que aquí nos interesa recalcar, sin embargo, es la inusitada manera que tiene Jesús de relacionarse con Dios: con la sencillez y confianza de un niño para con su padre.

Esa confianza hacia Dios muestra que, para Jesús, Dios es no sólo lo bueno, sino alguien en quien se puede confiar y descansar, alguien que da sentido a la existencia de los hombres. Podría afirmarse que Jesús no sólo agradece la bondad de Dios, sino que se alegra de que Dios sea así, que sea padre bondadoso que no aterre por su majestad, sino que se impone por su amorosa cercanía. Por ello también, Jesús se acerca a los hombres y a los que tienen más necesidad de bondad, los pobres, los pecadores. Y por ello, Jesús se dirige a todos, una y otra vez, aun siendo realista sobre la condición humana, limitada, tendiente al egoísmo. Y lo que lo mantiene en esa ardua tarea es su experiencia original de que la vida humana está envuelta en esa incomprensible bondad de Dios.

Esa bondad de Dios produce gozo en Jesús y se alegra de que Dios sea así. Se alegra cuando los pequeños conocen a ese Dios, cuando los pecadores no sienten miedo a ese Dios, cuando los pobres se fían de ese Dios. E irradia esta alegría a los demás. Jesús, incluyó a los pecadores y a los publicanos en el reino, autorizándolos a repetir esta sola palabra: “*Abbá*”, papito querido. Y cuando enseña a las gentes a hablar con Dios no comienza ni con la obligatoriedad ni con técnicas sobre la oración, sino con una buena noticia. Cuando oren, digan “Padre nuestro” (Mt 6,9; Lc. 11,2). “Nuestro” es la realidad del reino, “Padre” es la realidad de Dios.

Así es Dios para Jesús, Padre bondadoso, en quien se puede confiar y descansar. Esa experiencia de la bondad de Dios permea su actividad de hacer el bien y otorga sentido último a su persona, porque ve que la misma realidad está también permeada de la bondad de Dios. Su confianza no es, pues, sólo característica psicológica, ni producto ideológico. Proviene de la experiencia primera de que en lo último de la realidad hay algo bueno, de que Dios es Padre.

- La relación de disponibilidad de Jesús con su Padre Dios, fue de absoluta fidelidad y cercanía, pero no de posesión. También en esto, Jesús vivió su ser de creatura en profundidad: tener que estar referido a Dios sin poder alcanzar el polo de esa referencia.

En otras palabras, la experiencia del Padre cercano no anuló, sino que magnificó la experiencia del misterio de Dios.

Dicho en general, esto aparece en los evangelios, y en otros pasajes del NT, cuando se menciona la “obediencia” de Jesús a Dios. Pero hay que añadir que Jesús obedece sólo a Dios y que en el único texto en que se menciona su obediencia a otros seres humanos, sus padres, se usa un lenguaje distinto: “...y vivía sujeto a ellos” (Lc. 2, 51).

Esta obediencia de Jesús no hay que entenderla desde las obediencias concretas, categoriales, exigidas y realizadas por los seres humanos; es decir, no se puede reducir al cumplimiento de los preceptos divinos, ni mucho menos se puede comprender como un modo elegido por Jesús para llegar él mismo a su perfección moral, como se ha solido interpretar, por ejemplo, para motivar la obediencia en la vida religiosa. La obediencia de Jesús fue más bien una actitud fundamental, en su vida: una activa disponibilidad hacia Dios, que incluye, ciertamente, la ejecución de su voluntad, pero que más hondamente, es radical referencia a Dios, como hacia alguien que es un radical “otro”, a cuya palabra hay que estar abierto activamente para recobrar la propia identidad.

La disponibilidad de Jesús fue un salirse de sí mismo hacia Dios, y por eso, su realización fue plena como creatura. Pero fue también un vaciarse de sí mismo y un salirse muchas veces contra sí mismo. En ello, Jesús participó también de la condición humana, y ésta estuvo muy presente en su relación escatológica con el Padre.

Finalmente, Jesús tuvo que dejar a Dios ser Dios, con la dificultad que eso supone. Esto es lo que aparece expresado en forma más teológica en los escritos de San Pablo, de Juan, en la carta a los hebreos y en las narraciones sinópticas.

BIBLIOGRAFÍA

1. Beaudé Pierre Maurie, *Jesús de Nazaret*, Estella, editorial Verbo Divino, 1988.
2. Boff Leonardo, *Jesucristo Liberador*, Santander, editorial Sal Terrae, 1983.
3. Boff Leonardo, *Pasión de Cristo, Pasión del Mundo*, Santander, editorial Sal Terrae, 1980.
4. Calvo Ángel y Ruiz Alberto, *Para leer una Cristología elemental*, Estella, editorial Verbo Divino, 1994.
5. De la Calle Francisco, *Historias de Jesús*, Madrid, ediciones Paulinas, 1984.
6. Duquoc Christian, *Cristología*, Salamanca, editorial Sígueme, 1978.
7. Enjuto Antonio, *Jesús de Nazaret. Hombre y Misterio*, Madrid, editorial PPC, 1991.
8. Fabris Rinaldo, *Jesús de Nazaret. Historia e interpretación*, Salamanca, editorial Sígueme, 1985.
9. Forte Bruno, *Jesús de Nazaret*, Madrid, ediciones Paulinas, 1983.
10. Galot J., *La Conciencia de Jesús*, Bilbao, ediciones Mensajero, 1977.
11. García Paredes José Cristo Rey, *Iniciación cristiana y eucaristía. Teología particular de los sacramentos*, Madrid, ediciones Paulinas, 1992.
12. Gea Escolano José, “*Soy Jesús, ¿me conoces?*” *Catequesis sobre Jesucristo para los jóvenes*, Madrid, editorial PPC, 1985.
13. Gnülka Joachim, *Jesús de Nazaret. Mensaje e historia*, Barcelona, editorial Helder, 1995.
14. Guerra José, *curso básico de cristología*, Quito, poligrafiados, 2010.
15. Kasper Walter, *Jesús el Cristo*, Salamanca, editorial Sígueme, 8ª edición. 1992.
16. Küng Hans, *Ser cristiano*, Madrid, ediciones Cristiandad, 1977.
17. Jeremías Joachim, *Abba, El Mensaje central del Nuevo Testamento*, Salamanca, editorial Sígueme, 1983.

18. Nolan Albert, *¿Quién es este Hombre?*, Santander, editorial Sal Terrae, 1981.
19. Pagola José Antonio, *Jesucristo*, Quito, editorial “Tierra Nueva”, 1990.
20. Pagola José Antonio, *Jesucristo, Aproximación histórica*, Madrid, editorial PPC, 2009.
21. Pannenberg Wolfhart, *Fundamentos de Cristología*, Salamanca, ediciones Sígueme, 1974.
22. Patín Alain, *La aventura de Jesús de Nazaret*, Santander, editorial Sal Terrae, 1988, 8ª edición.
23. Schillebeeckx Edward, *Jesús la Historia de un Viviente*, Madrid, ediciones Cristiandad, 1983.
24. Schurmann H., *¿Cómo entendió y vivió Jesús su muerte? Reflexiones exegéticas y panorámica*, Salamanca, ediciones Sígueme, 1982.
25. Sobrino Jon, *Cristología desde América Latina*, México, editorial CRT, 1976.
26. Von Balthasar Urs, *¿Nos conoce Jesús? ¿Lo conocemos?*, Barcelona, editorial Herder, 1986, 141-142.

DIRECCIONES ELECTRÓNICAS

27. <http://www.autorescatolicos.org/joseluisaraviasealdiosdejesus.htm>